F. Betancourt Figueredo

GUILLERMO

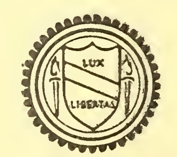
NOVELA REGIONAL



VALENCIA

IMPRENTA DE "EL DIARIO"

1894


LUX
LIBERTAS

GUILLERMO

NOVELA REGIONAL

POR

F. BETANCOURT FIGUEREDO



VALENCIA

IMPRENTA DE "EL DIARIO"

1894



A mi ciudad natal.

Despojada de tu antigua valía, oh! noble ciudad de San Carlos! oh! tierra, nunca bastante bien amada, en donde ví la primera luz, has pasado, á pesar de tus glorias, á vegetar en la oscuridad del olvido!

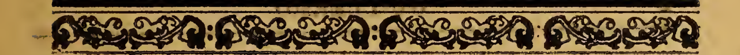
De tu pasado esplendor sólo queda el recuerdo, en la memoria de los que te conocieron.

Eres un nido asolado, donde se criaron muchas águilas ingratas!

La mayor parte de tus hijos te abandonaron: unos por ambición; otros porque el destino, ciego é injusto regularmente, les ha impuesto esa dolorosa ingratitud.

Yo, el más humilde de todos ellos, quiero dejar mi nombre unido al tuyo, – ya que la suerte me arrancó de tu lado desde mi niñez, – dedicándote este libro, en cuyas páginas hay algo de los rumores del abundoso río que aplaca tu sed y de los vientos que se agitan en tu campiña; algo del perfume de tus flores y de la virginidad de los bosques que te circundan; algo, aunque vaga y malamente expresado, de los recuerdos que guardo en la imaginación, por esa rica comarca donde te elevas, moderna Niobe á la entrada de las pampas!

F. BETANCOURT FIGUEREDO.



GUILLERMO

INTRODUCCIÓN

Era mi mejor amigo.

Tenía esa palidez del dolor que se trasparenta en la tez de los soñadores.

Su mirada era relampagueante, reveladora del genio.

—Tú eres poeta; solíamos decirle sus compañeros de aulas.

Y una sonrisa melancólica era todo lo que nos daba por respuesta.

En verdad, Guillermo era poeta; pero nunca se había dado cuenta de ello.

***

Una grave enfermedad, adquirida por exceso de trabajo intelectual, puso en riesgo su vida, allá por el año de 1877.

Su padre, un honrado propietario de Cojedes,

se trasladó con tal motivo á Valencia; y por consejo de los médicos, lo llevó á reponer la quebrantada salud á sus posesiones.

Pocos meses después, Guillermo regresó, restablecido casi de sus padecimientos; pero enfermo, muy enfermo del alma.

El aumento de su tristeza así nos lo revelaba; pues vanos fueron los esfuerzos que hicimos sus camaradas, por alcanzar la causa de su hipocondría.

A mí mismo se negó á descubrirme el misterio.

Y cuando muy acosado se veía por mi curiosidad, sonreíase melancólicamente y me decía:

—Soy poeta.

***

El mozo volvió á partir. Se alejaba para siempre del lado de los que tanto le queríamos.

Diez años después, recibí por el correo de Ciudad Bolívar un manuscrito, y con él la siguiente carta:

" *Querido hermano:*

" Perdóname que antes no te haya escrito.
" ¿Qué quieres? Es tal la postración de mi espíri-
" tu y tales los pesares que me abruman, que he
" temido hacerte partícipe de mis tristezas con
" mis cartas.

" ¿Recuerdas cuando tú y los demás condis-
" cípulos me llamaban el poeta? Si calificarme
" entonces tan honrosamente era una burla, no
" lo sé; pero hoy, si es verdad que el dolor es el
" óleo que consagra á los reyes de la palabra,
" pienso que no sería una irrisión el que me con-
" taran entre esos predestinados de la desgracia.

" El amor tiene la culpa de esto.

. . . .

"En esas cuartillas mal escritas que recibirás
"junto con esta carta, encontrarás la explicación
"de lo que te dejo dicho y la clave del enigma
"que en época pasada no me atreví á revelarte.

"Lée esas páginas con cariño, con el cariño
"que siempre me has demostrado, y luego has de
"éllas el uso que sea más de tu agrado.

"Sólo te exijo que, en el caso de que te re-
"solvieres á publicar esa historia de mis infortu-
"nios, esperes á que yo torne al seno de la tierra,
"que desde tiempo ha me aguarda con los brazos
"abiertos, como una madre cariñosa.

"¿Quién sabe lo que será de mí, para cuando
"estés leyendo estas líneas?

"Adiós!

"Tu amigo de siempre,

GUILLERMO."

Cuando me repuse de la emoción producida por esta epístola inesperada y llena de sentimiento, tomé el camino de mi casa, hostigado por el deseo de conocer lo que tanto me había ocultado el buen amigo. Una vez en ella, encerrándome en mi aposento, leí enternecido la sencilla narración que motiva este prólogo.

Creo cumplir un deber al publicarla, como un homenaje á la memoria del amigo.

F. BETANCOURT FIGUEREDO.

Valencia. — 1894.

I

Allá la alta serranía por blanquecinas nubes coronada, como una ola monstruosa que se venía amenazante sobre la comba del valle; acá, la llanura enflorecida, con sus bosques húmedos y solitarios, que parece que habla con el suave murmullo del arroyo y canta con el rumor de la brisa en los cañaverales.

Bajo aquel cielo ardoroso, en aquella campiña feraz, se muestra la naturaleza hermosa y atrayente, en una como miniatura de sí misma.

Hoy, más que por los años, envejecido por la precocidad de mi experiencia, siento en el alma un inefable bienestar, cuando retorno en alas de la imaginación á la edad en que, libre de estos mis abrumadores desengaños de ahora, corría por aquella pradera, escopeta en mano, tras de alguna bandada de perdices ó siguiendo la pista á los venados.

¡ Cuántos dulces recuerdos acuden en tropel á mi mente, en esos momentos de plácida tranquilidad, en que puedo olvidarme del presente, para ir á extasiarme en la contemplación del pasado ! Parece como si el espíritu, golondrina que no puede olvidarse del alero en que abrigó su primer nido, corriera á bañarse en la eterna primavera de aquella zona feliz, y al respirar en aquel clima aromado, sintiera en la garganta suaves extremecimientos que se resuelven en torrentes de armonías.

Santa religión es esta del recuerdo y tiene sus éxtasis que derraman por el alma los efluvios ignorados de una felicidad desconocida. Una ráfaga de viento veraniego, el aroma de una flor, el murmullo de dos ramas que al rozarse parece que se besan, el canto de un ave que se despereza en el nido para saludar al sol, un ruido, un movimiento, una nota cualquiera perdida en la soledad, todo origina en el alma uno de esos arrobamientos sublimes, que nos trasportan á regiones donde el hombre se alivia de la espantosa realidad de la existencia.

El recuerdo consagra y embalsama, como los sacerdotes de la religiones antiguas. La Menphis subterránea es un gran cerebro inanimado, donde reposan, inmóviles, los vestigios de muchas generaciones muertas; así también dormitan en mi memoria, entre perfumados bálsamos, las impresiones todas de mi juventud.

Aún me parece ir á escape por la llanura, sobre mi robusto potro, en persecución de un ternero salvaje, ó á paso lento tras el rebaño, en esa hora dulcemente melancólica, en que á los últimos destellos ardorosos del sol, suceden las vagas indecisiones del crepúsculo. Á veces me supongo estar resguardándome de la lluvia al abrigo de los zamanes corpulentos, que parecen viejos dioses coronados de yedra, ó sesteando en las tardes de verano, á la sombra de una manguera umbría, en la cual terminaba por quedarme dormido, después de haber leído algunas páginas de Chateaubriand ó Lamartine.

Esos fueron los inocentes placeres de mi adolescencia.

Pero estas encantadoras reminiscencias, que surgen radiantes en la imaginación, apenas si alcanzan á servir de adorno, vaporoso y aéreo, á la más hermosa de todas, á la más pura y halagado-

ra, á la que, llena de tiernas amarguras y de inocentes desengaños, flota constantemente sobre mi corazón, como una estatua de mármol, que vela en silencio sobre la losa de un sepulcro. Dos nardos desarraigados por un mismo vendabal; dos copos de espuma que se deshicieron al soplo de una misma brisa; dos ilusiones desbaratadas por una misma decepción; dos mujeres, pálidas y bellas, son las imágenes que se destacan sobre el fondo oscuro del cuadro de mi vida.

AMALIA É IRENE!

Estos dos nombres vibran en mi oído, como dulce melodía que viene en alas de una ráfaga perfumada de violetas.

En homenaje á las que los llevaron en la vida, escribo estas páginas, en las cuales, al evocar las sombras de mis primeras desventuras, derramaré las decepciones de una pasión infortunada y las angustias de mi espíritu atribulado.

Por eso este manuscrito es una gran tumba.

En su frontis debiera grabarse el epitafio de mis ilusiones!

II

Apenas contaba yo quince años, cuando, por causa de una congestión cerebral que puso en grave riesgo mi existencia, me ví obligado á suspender temporalmente mis estudios, y á partir de Valencia, en compañía de mi padre, para ir á fortalecer mi organismo á un campo de su propiedad, en Cojedes, en donde él se había establecido, des-

pués de su viudez, harto prematura, para no saborear yo la dicha de conocer á mi madre.

Mi padre se había trasladado de sus posesiones, al tener noticia de mi gravedad, por una carta del director del instituto en que yo hacía el aprendizaje, en calidad de interno.

En una fresca mañana de Mayo nos pusimos en marcha, acompañados de un antiguo criado, quien llevaba en su mula nuestras maletas.

El invierno estaba en sus comienzos.

El cielo se veía despejado; ni la más lijera nubecilla empañaba la limpidez del horizonte, donde la aurora, derramando sus primeros resplandores, apenas si permitía que algunas estrellitas perezosas para recojerse, despidieran sus tenues reflejos en la penumbra, pareciendo así lágrimas de plata prendidas á un velo funerario.

La población despertaba, y ya transitaban por las calles los campesinos que llevan al mercado los frutos de sus huertas. Los gritos de los vendedores de leche, mezclados con el ruido de algunas carretas que rodaban pesadamente sobre el empedrado, resonaban por donde quiera, como diana del trabajo.

Atravezamos gran parte de la ciudad, y una vez fuera de élla, nos detuvimos á tomar café en un ventorrillo de sucio aspecto. No nos molestamos en desmontarnos, pues el ventero, hombre ya entrado en años, arrebujado en una manta de bayeta azul, y con un pañuelo de Madraz liado á la cabeza, salió al corredor de la casa y nos alargó las tres tazas de café que le pedimos, después de habernos saludado con el sacramental

—Buen día, señores.

Luego que hubimos apurado á sorbos la caliente y aromática bebida, pagamos su valor y seguimos nuestro camino, dejando atrás las áridas colinas de Guacamaya.

Mis quebrantos físicos y el pesar que experimentaba al abandonar mis costumbres escolares y mis íntimos amigos y compañeros, sumiéronme en un ensimismamiento, del cual no lograron sacarme ni la belleza del panorama que se extendía ante mis ojos, ni el cambio que sentí al salir de la atmósfera malsana de la ciudad, para respirar el ambiente del campo, impregnado del aroma de la hierba húmeda y de las flores del mastranto.

Á las cinco de la tarde del día siguiente, paramos ante la puerta de trancas de "El Palmar," que así era titulada la posesión de mi padre.

Franqueamos la entrada y luego que hubimos recorrido un callejón sombreado por mirtos y naranjos, nos apeamos en el patio de la casa. Ésta era de antigua y sólida construcción y constituía el único vestigio que quedaba en pié del antiguo esplendor de la finca, en los tiempos en que "El Palmar" había sido una buena hacienda de cañas, pues los plantíos y los edificios donde se elaboraba el aguardiente, habían desaparecido en los furores de las pasadas guerras civiles.

La habitación se componía de tres cuerpos: uno al frente, donde se hallaban la sala y el escritorio de mi padre, y dos laterales al primero, separados por un patio, al que caían tres corredores sobre pilares de ladrillos. Toda la parte exterior del edificio estaba rodeada también por corredores, elevándose por sobre el del cuerpo principal un pequeño segundo piso que servía de fachada en todo el centro, con dos balcones de madera, sobre los cuales se veían en letras semi-borradas por el tiempo, el nombre de la finca y la fecha en que había sido construida. Excepto los corredores externos, que eran empedrados, el pavimento era de ladrillos.

Cuando nos desmontábamos, Mariana, una anciana inmejorable á cuyo cargo corrían los

quehaceres domésticos y las funciones de ama, desde la muerte de mi madre, salió á mi encuentro llena de regocijo, y abrazándome y con voz ahogada por la alegría, no se cansaba de repetirme que me encontraba parecido á su hija Matilde. Este era el nombre de mi madre, á quien ella sirvió de nodriza.

Al fin cesó Mariana en sus cariñosas demostraciones, y tomándome de la mano, me condujo hasta la habitación que me había preparado. Era el saloncito del segundo piso, el cual estaba sencillamente amueblado.

III

Los primeros días de mi permanencia en "El Palmar" se deslizaron apaciblemente. Sujeto como estaba á una dieta rigurosa, mis distracciones tenían que ser sencillas. Se me había prohibido leer y escribir, porque la abstención de ejercicios mentales entraba por mucho en el régimen á que se me sometía. Así, pues, mis placeres se reducían á recorrer por la mañana los jardines y plantaciones que rodeaban la casa; á dar paseos á caballo por la llanura, en los cuales me acompañaba el buen Blas, - viejo llanero, mayordomo de la finca, - quien ponía empeño en distraerme hasta donde le era posible, conduciéndome á los sitios más pintorescos, explicándome minuciosamente las costumbres del lugar y enseñándome los conocimientos que poseía en materia de ejercicios venatorios y de equitación; todo esto mezclado

con narraciones de aventuras que le habían acontecido en su larga vida de llanero.

Algunas noches las dedicábamos mi padre y yo para visitar á los vecinos del caserío cercano, los cuales, en su mayor parte, eran propietarios de dehesas en el lugar.

Otras veces me iba sólo al caney de los peones á gozar de sus canciones y de sus chistes, ó me quedaba en compañía de Mariana, quien me profesaba un cariño entrañable, al cual yo correspondía con no menos afecto.

De tanto ejercitarme en el manejo de la escopeta, llegué en poco tiempo á ser un diestro tirador. Comencé por hacerle una guerra cruel á las palomas y los cardenales, y luego me dediqué á perseguir las perdices, ayudado por un perrillo que Blas me había regalado y al cual dimos el nombre de *Turco.*

Con esto era suficientemente feliz y á nada más aspiraba en aquella época venturosa, en que mi corazón inocente estaba satisfecho con su propia tranquilidad y su candidez, como el cachorro que ignora para qué grandes luchas está destinado, y no se imagina las fuerzas que habrá de tener, cuando se transforme en león robusto y valeroso.

IV

Impresiones recibe el hombre que nunca llegan á borrarse de la memoria. Aquellas que han sido causadas por el espanto en un momento de peligro, dejan en el cerebro una como cicatriz de

hierro candente; pero las impregnadas de ventura, que surgen de una mirada de mujer hermosa ó del contacto de dos bocas vírgenes que se oprimen con recíproca dulzura, esas se agitan constantemente en la imaginación, como visiones fantásticas de un paraíso perdido.

Radiante, como aurora de primavera, flota en mi memoria uno de estos recuerdos, que pueden causar la dicha ó la infelicidad de toda una existencia.

Fué aquel día en que mi alma despertó de sus ensueños infantiles, al rumor de unas alas invisibles que se agitaron en ella.

El amor me recibía en su regazo........

Salté del lecho, me vestí precipitadamente y echándome al hombro la escopeta, bajé á llamar á Turco, para dar una recorrida por el campo. En el momento de marchar, Mariana me instó á que me desayunara. Respondíle que iba á matar antes unas guacharacas, cuyo canto se escuchaba hacia el lado del río; y después de acariciar al perro, me encaminé por el sendero pantanoso y estrecho que conducía á las vegas.

Dejé detrás de mí el platanal plantado en las cercanías de la casa, y ya en la pradera, me detuve á esperar que las guacharacas reanudaran su interrumpido canto.

Empezaba á clarear. Los loros y pericos alborotaban en las copas de los árboles elevados, y los turpiales saludaban al día desde sus nidos colgantes, columpiados en las extremidades de las ramas al leve soplo de la brisa.

Turco husmeaba aquí y allá, saltando por entre los matorrales y olfateando con nerviosa inquietud; yo apoyé el brazo izquierdo sobre el cañón de la escopeta, y me quedé contemplando la naturaleza, mientras volvía á percibir el reclamo de las aves en persecución de las cuales había

salido, el cual oí distintamente al poco tiempo, junto al baño llamado de "Las Palmas." Entonces me lancé por entre la maleza y el herbazal húmedos de rocío, para evitar un rodeo del camino, y pronto me encontré á la entrada del palmar é internándome en éste, llegué hasta la orilla del río. Allí me puse en acecho y deslizándome luego por entre el monte con cautela, me situé al pié de un guácimo, desde el cual pude divisar entre un follage las gallináceas, que saltando de rama en rama, formaban la alegre algarabía. Avanzando con precaución me aproximé lo más posible, y cuando voló una que me había visto, disparé sobre su compañera, derribándola sin vida. Con la detonacion, las otras salieron volando precipitadamente, y se fueron bosque adentro.

Cargué nuevamente el arma, y ya me separaba de aquel lugar en seguimiento de las guacharacas restantes, cuando llamó mi atención una voz de mujer que entonaba una canción muy en boga en aquel tiempo. El timbre sonoro al par que dulce de la voz, me agradó en extremo, y sentí curiosidad de saber quien la poseía. Retrocedí entonces, ocultándome entre los cañizares, hasta dar en el claro del camino que terminaba en la playa. Estaba en el baño de "Las Palmas." Se encontraba éste formado en un espacioso remanso del río, que cristalino y murmurador, se desliza rápidamente sobre su lecho pedregoso, á la sombra de las flexibles guasduas, que desde ambas márgenes se inclinan como á mirarse en la corriente, formando así una bóveda caprichosa y umbría.

El canto había cesado. Atravesé el camino y colocándome detrás de una palmera de grueso tronco, escudriñé con la mirada las orillas del río. En la opuésta á la en que yo estaba situado, se veía una mujer recién salida del baño, y á su la-

do, sentada negligentemente sobre la arena, se hallaba una negra joven que le hacía compañía. La niña estaba ya vestida y peinaba su larga cabellera, sujetándola en manojo cerca de la garganta con una manecita torneada, mientras la desenredaba moviendo rápidamente el peine con la otra. Vestíala una sencilla bata blanca, que dejaba adivinar fácilmente la corrección de sus formas esculturales. Sus ojos, garzos y llenos de languidez, armonizaban con la dulzura de sus facciones. Esta virgen de veinte años era una belleza melancólica; una Ofelia meridional.

Cuando la ví, sentí un extremecimiento inexplicable en toda mi alma.

Era el despertar de mi corazón de niño.

La contemplé largamente, embelesado por la completa armonía de sus hechizos, y así hubiera permanecido toda la vida, á no no ser por un suceso inesperado que me sacó de aquel erótico arrobamiento.

Un sonido, como de muchas castañuelas agitadas frenéticamente, se oía entre la maleza que bordeaba la margen en que se hallaban la joven y su sirviente, haciendo exclamar á ésta con voz entrecortada por el terror:

—Escuche, niña Amalia, es la cascabel que está cazando.

La joven palideció por el susto que la nueva le causaba, y tirándose á la espalda su larga cabellera, preguntó con aflicción á su acompañante:

—¿Y qué hacemos ahora?

—Nos vamos corriendo; respondió la negra, recogiendo la toalla, y luego añadió compungida:

—Ya vé; por vení á bañase tan temprano.

El miedo no inspira réplicas, y por esto el ama no contestó á la insolente queja de la criada.

El episodio del Paraíso vino á mi memoria en aquel instante. No sé qué vaga semejanza no-

taba yo entre aquel incidente que abría las puertas á mi primer amor y la escena bíblica de donde surgió la primera culpa.

Las dos mujeres tomaron apresuradamente por una senda montuosa, mas no anduvieron veinte pasos, cuando la criada, que abría la marcha, se detuvo llena de espanto. Había percibido la serpiente enroscada en una macolla de carrizos, por el lado de la cual tenían que pasar indefectiblemente, pues quedaba á la orilla del sendero que llevaban. Retrocedieron á la playa, en el momento en que yo, apartando con las manos el brezal que me ocultaba, aparecía frente á ellas. La señorita ahogó en su garganta una exclamación en que se mezclaban la sorpresa y la alegría, antes de contestar con la cabeza al saludo que de esa manera la había yo dirijido.

—Vaya; mate la culebra, me dijo la negra, con ansiedad.

—¿Donde está? le pregunté aparentando ignorancia de lo que ocurría.

—Allí, en aquel carrizal, añadió, señalándome con el índice, el lugar en que el reptil estaba en acecho.

—Espérense ahí, exclamé cortando una vara de un árbol cercano. Así que hube arreglado la improvisada garrocha, busqué una parte angosta del río por donde me fuera fácil saltar. Á poca distancia del remanso que formaba el baño, llegué á un punto en que el cauce se encogía gradualmente y apoyándome en la vara, cuya punta había enclavado en el lecho de arena, salté á la opuesta orilla, y en seguida me encaminé al sitio que la criada me indicaba. Al pasar por frente de Amalia, la emoción me hizo palidecer; pero aquel descoloramiento de mi rostro no pudo élla notarlo.

Turco que venía en pos de mí, después de

revolcarse en la arena, avanzó á una indicación que le hice, hacia la macolla en que la serpiente agitaba rabiosa su cola de cascabeles; latió con violencia, pero después regresó medroso al lado mío.

La culebra estaba enrollada en el centro de la macolla, formando un círculo del cual salían la cabeza que levantaba un palmo sobre el suelo y la cola que movía con vertiginosa rapidez, signo inequívoco éste, de su estremado furor.

Apunté y el tiro salió. El enorme reptil se retorció desesperadamente al sentirse herido, y desenrollándose con presteza, trató de huir rastreando bajo la yerba. Dos golpes de palo que le dí en la cabeza, lo remataron. Saquélo entonces en la punta de la vara y lo arrojé lejos del camino, después de haberle cortado las sonoras vegiguillas del rabo.

Amalia, libre ya de todo temor, me dió las gracias con una dulce sonrisa y saludándome, se dirigió por el sendero, seguida de la negra; yo salté de nuevo la vertiente y regresé á mi casa, así que la ví desaparecer detrás de una hondonada.

V

Mis primeros versos y la afición que después he tenido á la poesía, datan de la noche de aquel día en que ví por la primera vez á Amalia.

Muy temprano me recogí en mi dormitorio y admirando desde el balcón la tranquilidad en que reposaba la naturaleza, adormecida al arrullo de la brisa nocturna, me abismé en multitud de ex-

traños pensamientos. El encuentro de la bella jóven, los sucesos que á él se habían mezclado, las impresiones diversas porque pasé en aquel momento inolvidable, el nuevo sentimiento que de mi corazón se apoderaba y los castos deseos de felicidad que había soñado, todo esto enardecía mi imaginación calenturienta, poblándola al mismo tiempo de otras ideas fantásticas y vagas que atropelladamente se agitaban en élla. A una dulce aspiración sucedía algún pensamiento melancólico, el que á su vez era reemplazado por otro menos triste ó menos alegre.

Sumido en esta abstracción indecisa permanecí largas horas, hasta que el sueño que desmadejaba mis párpados, me obligó á meterme en la cama, donde me quedé dormido inmediatamente.

A media noche desperté sobresaltado, víctima de un sueño que comenzó apacible, concluyendo en una espantosa pesadilla.

Me veía recorriendo las praderas en compañía de Amalia, buscando flores y mariposas. Ella tejía perfumadas guirnaldas que colocaba con ternura en mis sienes; y yo trataba en vano de recompensar sus caricias, cojiendo los brillantes insectos que, al caer en mis manos, se convertían en un polvillo dorado como el pólen de las dalias. La niña sonreía burlescamente, al ver la inutilidad de mi empeño.

Mi ansiedad, que era grande, se convirtió en angustia, con un inexplicable cambio de la escena.

Tenía yo la misma actitud que cuando la encontré en el baño; ella dormía reclinada muellemente sobre la arena. Una serpiente asquerosa, ondulando con rapidez, llegó á enroscarse en su garganta, y después de voluptuosas contorsiones de placer, clavaba sus dientes venenosos en el mórbido seno, castamente desnudo. Yo no podía

moverme de aquel sitio en que me enclavaba la misma desesperación; dí un grito angustioso y...... desperté con el corazón abrumado por intenso pesar, pesar que se aumentaba de sólo pensar que aquella terrible ficción de mi cerebro, podía, dada la fatalidad á que el hombre está encadenado, convertirse en una realidad irreparable.

Abandoné la cama, encendí una bujía y casi involuntariamente me senté al escritorio.

Ignoraba lo que escribía, pero mi corazón se desahogaba por la punta de la pluma, á medida que trasladaba al papel las ideas que me agobiaban.

A la siguiente mañana leí lo que había escrito. Eran unos versos.

Aquellas estrofas fueron el fruto de mis primeras aflicciones.

VI

Trascurrieron algunas semanas y durante este tiempo no volví á encontrarme con Amalia, á pesar de que yo concurría con frecuencia al lugar en que la había visto por vez primera. Todos los esfuerzos que hacía para hallarla de nuevo, eran inútiles.

La casa donde vivía estaba retirada á mucha distancia del camino y la joven salía muy raras veces á paseo, pareciendo, además, que estaba poco relacionada en el vecindario, pues no logré encontrarla en ninguna de las reuniones á que mi padre y yo asistíamos.

Mas no por esto mi afecto disminuía; al contrario, las mismas dificultades que frustraban la realización de mis deseos, encendían cada vez más la hoguera de mi pasión naciente, y de tanto pensar en su belleza, su imagen no se apartaba de mi imaginación.

En esta esclavitud mental, llegué á suponer tantas virtudes en élla, que antes me hubiera arrancado el corazón, que dudar de la perfección de su belleza moral.

"La vida es sueño," dijo el gran dramaturgo español; y esta semi-paradoja se hacía una verdad en la existencia que yo llevaba, pues como la realidad me era adversa, gustaba de dejarme adormecer por el opio de mis ensueños de amor.

Estaba profundamente enamorado de Amalia; pero mi amor crecía solitario en mi corazón, como la planta que arraiga en el empinado borde de un cráter. Amaba sin saber por qué, é ignorando si podría ser correspondida mi pasión; pero en aquel grato sopor en que vejetaba mi espíritu, nunca se me ocurría pensar en la espantosa realidad de un desengaño, ni en la triste decepción que me hubiera causado su indiferencia. Confiaba yo en la bondad de su alma sensible, y así dejaba correr la desenfrenada fantasía por desconocidos espacios, poblados de halagadoras quimeras.

Este adormecimiento me hacía feliz, porque la dicha consiste, más que en cualquiera otra cosa, en el desconocimiento de la desgracia. Felicidad de ignorante; pero ella es la única posible sobre la tierra.

Dichoso con esta especie de sonambulismo que me subyugaba, inconscientemente me iba alejando del trato de los míos; pero Mariana que notaba, á más de mi misantropía, la palidez que por el insomnio se apoderaba de mi rostro, no

cesaba de acosarme con sus curiosas preguntas, á las que yo respondía de modo harto confuso, para ocultarle la causa de mi transformación.

Igual conducta me veía obligado á observar con mi padre, pues no me agradaba el dar á conocer los motivos de mi cambio repentino, y me digustaba la idea de que ambos se hubieran apercibido de mi amor, amor que yo guardaba con religioso secreto, ó de que, por lo menos, abrigaran alguna sospecha de lo que me acontecía. Esto era muy natural en aquella época. El hombre, cuando ama por primera vez y no está versado en los doblegamientos de carácter que la sociedad exige, es salvaje en sus pasiones, y por uno como exceso de castidad, desea las soledades del desierto, para esconder en éllas la felicidad de que goza. Si esto es egoismo, es un egoismo inevitable y santificado por la inocencia.

VII

Al fin logré ver á Amalia, una tarde en que, acompañado por Blas, paseaba á caballo.

Pasábamos por la quesera en el momento en que el ganado llegaba al corral, arreado por los vaqueros.

Blas se desmontó y después de amarrar el caballo á la empalizada, se puso á ordeñar una vaca, en tanto que yo contemplaba la faena de la pastoría.

Agradable expectáculo el que presenta una quesera, á la hora de recoger la vacada!

Por aquí un vaquero corriendo en pos de una

res que no atiende á sus gritos; más allá, otro que se acerca cantando melancólicamente detrás de un grupo de novillas; acullá los becerros que berrean y las vacas que mujen ó se acercan al chiquero para lamerles el lomo, metiendo el hocico á través de los huecos de la palizada, mientras los toretes corretean por el herbazal y algunas reses rumian perezosamente echadas en el corral. Todo esto á la luz enrojecida de un enorme sol que baja al ámplio horizonte de la pampa, como un globo encendido, abriendo su inmenso abanico de rayos en la bóveda espléndida del cielo.

Cuando Blas concluyó de ordeñar, me presentó la totuma de leche, en la cual bebí con agrado. Al volverme para entregarle la vasija, tendí la mirada involuntariamente hacia una loma de la posesión lindante con "El Palmar" y alcancé á ver en ella tres personas montadas en sendos asnos. No podía precisar las facciones de aquellos caprichosos ginetes; pero no sé qué secreto presentimiento me hacía sospechar que en aquella extraña cabalgata andaba élla.

En esta creencia llamé á Blas, y después de señalarle la loma, le pregunté:

—¿Ves aquellas gentes que van allá?

—Sí, me respondió; pero no las distingo bien.

—Son dos mujeres y un hombre, añadí.

—Sí, señor.

—¿Hay alguna dificultad para ir desde aquí á esa loma? torné á preguntarle, deseoso de satisfacer mi curiosidad.

—No, señor; ningunita, porque el río se pasa fácilmente por un caminito que se encuentra más allá de aquel jobo que está á la entrá del monte, y las bestias pueen bajá sin ningún cuidao la barranca.

—Entonces, monta á caballo para que me acompañes. Quiero saber quienes son esos ginetes.

—Deben de sé los hijos de Don Carlos, el amo de esa sabana.

Blas echó la pierna á su zaino y se adelantó para guiarme.

Atravesamos el bosquecillo que crece en ambas márgenes del río, y salimos en poco tiempo á la verde y espaciosa sabana, por donde nos dirijimos á la loma.

La cabalgata avanzaba hacia nosotros y cuando estuvimos á corta distancia de ella, comprendí que no me había equivocado. Amalia, acompañada de otra joven y un mozo á quienes yo no conocía, se acercaba al sitio en que yo me había detenido tratando de calmar la emoción que experimentaba, con el inesperado encuentro.

Mi corazón palpitaba con violencia y la sangre toda de mis venas, afluía á mi cabeza. Era que el placer me mataba!

Una vez que pude dominarme, avancé de nuevo, y al pasar junto á mi amada, me descubrí y saludé cortezmente; pero cuando élla retornaba mi venia, sentí como el frío de un puñal que se me clavaba en el corazón.

Su saludo fué hecho con tal sequedad, que casi me pareció desdeñoso.

VIII

Entristecido por aquel suceso y hostigado por negros presentimientos, llegué á casa con los últimos reflejos del crepúsculo.

Después de la comida, mi padre quiso que le acompañara á casa de un amigo; pero yo, que deseaba la soledad para entregarme á mis acostumbradas cavilaciones, me fingí indispuesto y me retiré del comedor á mi aposento. Mi padre salió solo; y cuando ya ponía yo el pié en el primer peldaño de la escalera, Mariana me llamó desde el corredor opuesto.

Le atendí á mi pesar, pues anhelaba aislarme por completo; pero con su curiosear acerca del cambio que se había operado en mi modo de ser y además con su cariñosa y afable conversación, si no logró hacerme olvidar por completo de mis penas, al menos pudo distraerme momentáneamente de éllas.

Al despedirme se me acercó, diciéndome en tono muy afectuoso:

—Se me olvidaba, hijo; mañana recibirás una sorpresa. Caramba! Por poco me quedo sin decírtelo.

—¿Qué sorpresa? la interrogué.

—No puedo decirte desde ahora, me respondió, aparentando misterio; pero si voy á encargarte que desde las cuatro de la tarde, te asomes al balcón para que observes al camino real.

—Si quisieras hacerme el favor de explicarte....

—Cuando! me interrumpió. Así no tendría ninguna gracia.

—Hasta mañana, entonces, le dije para retirarme, en el momento en que Blas se aproximaba á nosotros.

—Hasta mañana, me respondió; y siguió hablando en voz baja con el viejo llanero, por lo que comprendí que quería ocultarme las órdenes que daba á aquél.

Ya en mi habitación, la anciana tornó á llamarme, para hacerme de nuevo la recomenda-

ción de que me asomara á inspeccionar el camino al otro día.

Le aseguré que así lo efectuaría y me acosté en una hamaca que élla había colgado en mi dormitorio.

IX

Brumosa y melancólica amaneció la mañana siguiente; brumosa como mi pensamiento, melancólica como mi alma.

Desperté, y rebujándome en la manta de lana, traté de coordinar las confusas ideas que se agitaban en mi cerebro; pero de todas las dudas que me abrumaban, al recordar los desdenes de mi amada, sólo pude sacar en limpio la conclusión de que el afecto que élla me ispiraba, antes que disminuir, se avivaba más con su aparente desprecio.

Un manto de nubes plomizas se extendía sobre la atmósfera, y la espesa neblina, envolviendo toda la comarca, hacía aparecer el paisaje como un cuadro fantástico, en el cual las imágenes, de indecisos contornos, se veían tenuemente esfumadas.

Algunas bandadas de garzas y alcarabanes, con el largo pescuezo recogido en S sobre el cuerpo, las canillas estiradas bajo la cola y moviendo pausadamente las alas, cruzaban á intervalos por el espacio, para descender á las cañadas lejanas, donde los arucos y los carraos lanzaban sus gritos quejumbrosos.

Sintiendo en el espíritu toda la tristeza de

aquella mañana de invierno, bajé á desayunarme.

Al pasar por el corredor principal, un peón que se disponía á montar á caballo, exclamó con cierto dejo de tristeza:

—Á caray! Si el blanquito tuviera güeno y sano, iríamos hoy á matá algunos patos, que estos son los días de cojelos á sombrerazos.

Iba yo á contestar á la lamentación del vaquero, pero Mariana que estaba allí esperándome y en cuyo rostro se reflejaba una desazón interna, que atribuí al influjo de aquella mañana invernal, se adelantó al peón, replicándole con mal contenido enojo:

—¿Ya vas á calentarle la cabeza al muchacho? Él no puede salir á mojarse.

El vaquero la miró, sonrióse maliciosamente conmigo y volteando las riendas á la yegua, murmuró entre dientes:

—Parece que la señora Mariana ha amanecío con el apelativo regüelto.

Yo no pude menos que reirme al presenciar aquella escena, que pudiera llamarse un disgusto afectuoso, siempre que se permita la paradoja, y pasé en seguida al comedor, donde me esperaba una mesa digna de mejor apetito que el que yo tenía en aquellos momentos.

Mariana me sirvió la leche y luego mezcló á ella el café, y poniéndome por delante un plato de cecina frita junto con otro de pan de maiz, se sentó á mi lado, dispuesta á hacerme engullir lo que yo no hubiera alcanzado á comer en un día. Casi llegó á enfadarse porque apenas me contenté con probar el café de la escudilla.

La cariñosa Mariana, suponía que sólo una alimentación excesiva podría vigorizar mi quebrantado organismo, y que debía hartarme en cada comida, al modo de un vaquero cualquiera.

X

El día continuó brumoso y frío. Una lluvia delgada caía monótonamente sobre la tierra, formando un ruido sordo en las grandes hojas del platanal.

Ya se oían en la pampa los cantos y los gritos de la pastoría, cuando Mariana me recordó una vez más la consigna que me había dado en la noche anterior.

La curiosidad, al mismo tiempo que el deseo de satisfacer el capricho de la buena mujer, me impulsaron á hacer lo que me exigía con tan manifiesto empeño; y arrimando una silla á uno de los balcones, me senté á mirar al callejón de los naranjos.

Al fin la llovizna cesó, pero el cielo no se despejaba.

Largo tiempo estuve vigilando inútilmente, y ya me sentía fastidiado de estar allí mano sobre mano, cuando ví detenerse ante la puerta de entrada de la dehesa, dos personas á caballo, en una de las cuales reconocí á Blas, quien echó pié á tierra para correr las trancas. La otra era una esbelta joven que se manejaba con gran desenvoltura en el sillón, y cuyas facciones no podía yo apreciar claramente, por la distancia que de élla me separaba.

La joven franqueó la entrada, y poniendo su caballo al trote lijero, avanzó resueltamente hasta llegar al patio, donde Mariana con exclamaciones de alegría y llena de alborozo, salió á recibirla con los brazos abiertos.

Detúvose la amazona y después de corresponder á los agasajos de la anciana, levantó la mirada hacia el sitio en que yo estaba, y se quedó mirándome con dulzura durante algunos instantes.

En este momento, el sol, rasgando las nubes que lo velaban y como si quisiera estampar un beso de despedida en aquellas negras y hermosas pupilas que de tan extraña manera me veían, espolvoreó con sus átomos encendidos el rostro de aquella niña, en toda la esplendidez de su belleza.

¿Por qué no comprendí entonces todo lo que aquellos ojos me dijeron? Oh! tristes ceguedades de la fatalidad humana! La dicha sólo se muestra una vez á la vista del hombre. Ay! del que no sabe distinguirla en ese instante!

Llevaba la hermosa joven un traje de muselina blanca, salpicada de puntitos negros, bajo cuya falda se dejaba admirar, apoyado en el estribo, un piecesito diminuto y fino. Las anchas alas de un sombrero de palma, levantadas sobre la frente, caían por detrás hasta su hombro, sujetas por una cinta azul que terminaba en lazo bajo la barba.

Sus lineamientos esculturales formaban un conjunto armónico irreprochable. Del levantado seno se destacaba tersa y bruñida la garganta, de la cual surjía el botón de aquella cara trigueña y enamoradora, con dos ojos brillantes, ojos negros del mediodía, que á veces parecían como velados por el cerco de largas y somníferas pestañas.

La belleza y la candidez se exhalaban al mismo tiempo de aquel cuerpo de diosa.

Mariana que había reparado en la mirada de la joven, exclamó, volviéndose hacia mí:

—Esta es la sorpresa de que te hablaba anoche, muchacho. ¿Que á que no conoces á esta picaronaza?

Y añadió dirigiéndose á la recién llegada:

—Y tú, ¿te acuerdas de Guillermo?

La joven no respondía; pero daba á entender que no me recordaba, con una expresiva sonrisa.

—Pues míralo, prosiguió la ama, viendo hacia el balcón.

Yo tampoco hacía memoria de haber visto antes aquella fisonomía; pero las palabras de Mariana me hicieron sospechar que sería Irene, su nieta, la bella niña que tenía en mi presencia.

De niños habíamos jugado juntos, pero hacía tanto tiempo que me habían separado de élla, que, con el cambio natural que en su fisonomía habían hecho los años, no podía reconocerla.

Cuando Mariana pronunció mi nombre, su nieta lanzó una exclamación en que se mezclaba á la alegría la sorpresa, pues élla ignoraba mi regreso á "El Palmar," así como yo no había tenido noticia de su visita, hasta aquella hora, debido á un capricho de su abuela.

Una vez que me hube cerciorado de que la joven era Irene, la saludé afectuosamente.

Mariana, siguió dirigiendo palabras cariñosas á su nieta, y eran tantos sus halagos, que la niña, desde la montura, apenas podía retribuírselos con dulces sonrisas de agradecimiento.

Blas, que se había retrazado, cerrando la puerta de trancas, llegó á recibir el caballo, del cual se desmontó Irene, echándose en los brazos de su abuela.

Mi padre salió al encuentro de ambas, y tomando del brazo á la recien llegada, la condujo á las habitaciones interiores.

Yo descendí de la mía, para ir á ofrecer mis respetos á mi compañera de la infancia.

XI

Irene venía, como lo había acostumbrado todos los años, á pasar una temporada al lado de su abuela. Ésta la mandó á buscar con Blas al vecino pueblo, donde ella vivía con su madrina, una hermana de mi madre que la había criado; y como la buena anciana, según digo anteriormente, se prometía darme una broma agradable, me ocultó hasta lo último, las intenciones que abrigaba.

La permanencia de Irene en nuestro campo, mejoró en mucho la existencia que yo llevaba, pues dadas las condiciones morales de élla, pronto volvimos á tratarnos tan afectuosa y confiadamente, como en los mejores días de nuestra niñez.

Su madrina, mi tía Gertrudis, que en su matrimonio sólo contaba la infelicidad de ser estéril, la prohijó de muy corta edad, al quedar huérfana la pobre niña, y además la instruyó esmeradamente, tratándola con cariño maternal. De aquí que la nieta de Mariana cautivara con su educación, superior á la que podría suponer en élla, quien hubiera conocido la humilde clase social á que pertenecía.

Sus maneras, naturalmente finas, realzaban las cualidades físicas que Irene poseía.

La educación es á la mujer, lo que á las flores el aroma.

Una mujer hermosa sin los adornos inmateriales de la educación, es una flor finjida: podrá agradar á la simple vista, pero carece de las seducciones del perfume.

Irene era una violeta perdida, entre los verdes follajes de mi tierra; y si por mi desgracia, no supe aspirar el efluvio perfumado de aquella florecita, hoy, al trazar estas líneas en homenaje suyo, me duelo de mi antigua inexperiencia y devoro en silencio mis propias amarguras, como aquel conde Hugolino que se alimenta con sus hijos, en las páginas infernales del poema dantesco.

A las mañanas, con el cabello desceñido sobre la torneada espalda, ligera y rebozando en contento, corría por entre los jardines, recojiendo jazmines y claveles para hacer ramilletes, que después iba á colocar con religioso fervor en el altar del aposento de su abuela.

Yo solía contemplarla, apoyado en la barandilla del balcón y al indicarle las flores de mi agrado, ella las cortaba presurosa, colocándolas luego con sumo cuidado dentro del grupo que recogía en su delantal de holandilla.

Algunas veces nos dábamos á discutir, comparando la calidad de dos botones abiertos.

—El blanco es más bonito, le decía.

—No, el rosado, porque está más tierno, me replicaba.

—¿No ves que son más tersos los pétalos del mío?

—Pero no tiene tanto aroma como éste.

Y terminaba por decirme:

—Si, es verdad; tú tienes razón, el blanco es más bonito, y para castigarme por mi mal gusto voy á hacer esto.

Y se lo prendía en la caballera con encantador descuido.

Después entraba á la casa para confeccionar en el corredor los ramilletes que destinaba á las imágenes de Mariana y á la virgen de mi aposento.

Disputas tan fútiles como ésta, se sucedían

frecuentemente, en las cuales ponía élla de relieve toda la sencillez de su carácter, y yo me complacía, al par que dejaba crecer el afecto fraternal que la profesaba.

Aficionada en alto grado á la lectura, Irene solicitaba constantemente mis libros y se iba á leerlos á la sombra de los árboles, en el día, para comentar conmigo las diversas impresiones por que pasaba durante la lectura y los juicios que las obras le merecían, en las tertulias que por las noches formábamos en la habitación de Mariana. Ésta, durante nuestras conversaciones, se quedaba con tamaña boca abierta, oyendo nuestras palabras que para élla eran algo menos que enigmas.

Tenía mi bella amiga expresiones gráficas para exponer sus ideas; y éstas eran tan luminosas, que á veces me hacían dudar de si podrían ser propias de élla. Pero lo cierto es que me dejaba frecuentemente pasmado con la mayor parte de sus pensamientos.

Un día, después de haber leído una traducción de Otelo, al devolverme el libro, me dijo desde el dintel de la puerta:

—Toma; ese libro me ha hecho daño.

—Por qué?

—Es tan entristecedor!

—Si; le respondí; tiene toda la tristeza de un crepúsculo vespertino. Desdémona es la luz; Otelo luce con toda la negrura de la noche.

Y en seguida agregué, acercándome para recibir el volúmen:

—Pero bien, ¿te ha gustado ó nó?

—Te digo que me hizo daño.

—Piensa que en la lectura las cosas que más nos agradan, son las que tocan más fuertemente el corazón.

—Juzga, pues, por lo que me dices.

—Entonces te fué placentero.

—Algo. ¿No tienes otro libro menos sombrío?

—No. Te daré la *María* de Isaacs; pero estoy seguro de que llorarás al concluirla.

—No parece sino que tu biblioteca, fuera un lamento continuado; me dijo, haciendo un gracioso mohín, en el momento en que yo abría el armario, y agregó en seguida:

—Mira, búscame algo que pueda alegrarme.

—Si quieres leer bueno no solicites libros jocosos, porque los que hay de esa clase dignos de sacarse á la luz, deben dejarse en una penumbra donde no puedan ser leídos por las mujeres honestas. En nuestros tiempo no se concibe el chiste sin el equívoco grosero, y hoy no fructifican los Cervantes que creen caracteres tan discretamente divertidos como Sancho, ni tan graciosamente tristes como Don Quijote.

—Pues dame á *María*, ya que es imposible encontrar lo que deseo.

Saqué la obra del estante, se la entregué sonriendo, y élla, después de hojearla, se retiró á las habitaciones bajas.

Yo me quedé pensando en que parece imposible que una niña de su condición y educada en una aldea, pueda tener tan despejado criterio.

XII

Amalia debe de ser tan buena así, me decía yo interiormente, cada vez que Irene con uno de sus rasgos geniales, me hacía ver las bellas cualidades de su corazón inocente; pues si grande era el cariño que me inspiraba la nieta de Maria-

na, aún lo era más, el amor que por la otra llenaba toda mi alma.

Después de la tarde funesta en que la había encontrado en el paseo, no la había visto más, aunque para conseguirlo me valía de todos los medios imaginables.

Así, pues, estaba condenado á alimentar en el fondo de mi corazón, aquella pasión que se hacía tanto más poderosa cuanto más comprimida se sentía.

¡Cuántas veces me lamenté de no poder comunicar á Irene mis padecimientos!

¡Qué dulce hubiera sido para mí, hacerla partícipe de mis penas, y recibir un consuelo de sus labios!

Pero al mismo tiempo creía yo que nuestro trato no llegaba hasta permitir esas expansiones íntimas; y como ya he dicho antes, no quería que mis amorosas locuras llegaran á conocimiento ageno. Había en esto algo de amor propio, tal vez de orgullo, y acaso un ligero presentimiento de que mi amor no encontraría un eco, en el corazón de la mujer objeto de mis ensueños.

¡Hermosas inocentadas de un espíritu virgen

XIII

¡Por qué habré sobrevivido á mis ilusiones? ¡Por qué, después de desvanecidas las esperanzas de mi juventud, me veo condenado á arrastrar la existencia, nuevo Atlas cargado con un mundo de recuerdos?

Ah! ¡Cuánto más me valiera vivir como en

aquellos tiempos, en que, mientras amaba imaginariamente á una mujer, sin haber oído de su boca una palabra que alentara mis pasionales quimeras, era sin saberlo, querido por otra que, á la par que yo, se veía obligada á guardar su amor en lo más recóndito de su alma!

Pero ¿á qué dolerme inútilmente de mi desventura? ¿Quién oye el lamento de la oruga aplastada, entre el grandioso clamoreo de la naturaleza?

Á mis quejas no responde nadie en esta soledad en que vejeto; y mi aislamiento de hoy, es menos grande que aquél en que se nutría de sí misma mi pasión de entonces.

Irene me amaba y yo no lo comprendía, á pesar de que sus acciones, sus miradas, sus suspiros y sonrisas me decían á cada paso: TE AMO!

Yo, en tanto, deslumbrado por la belleza de Amalia, cegado por el resplandor que despedía su imagen siempre flotante ante mi vista, pasaba desapercibido al lado de aquella alma que pudo labrar mi dicha, y que no encontró junto á mí, sino la triste satisfacción de su grandioso sacrificio.

Viajero errante en pos de la felicidad, pasé con indiferencia por frente á la cabaña que me brindaba un asilo desinteresado, para ir á llamar á la puerta donde el eco de mis súplicas no pudo ser oído. Ah! El hombre es ciego, y empujado por la invisible mano del destino, corre sin saber á donde, como el dardo disparado, que ignora el bien ó el daño que hace, cortando el hilo de una existencia.

Dos días después de aquel en que le había entregado á Irene la novela de Isaacs, bajé de mi aposento para ordenar á un peón que ensillara mi caballo.

La tarde estaba serena y en la atmósfera flotaban ráfagas saturadas del perfume de las flores

silvestres. Nuestro cielo tiene en su volubilidad encantadores caprichos. Su azul, resplandeciente á los rayos del sol, que descendía sereno al horizonte, apenas estaba jaspeado hacia el extremo de la sierra, por pequeñas nubes trasparentes y blancas como las motas del algodonero.

En tanto que el sirviente cumplía mi orden, me dirigí á un emparrado debajo del cual distinguí á Irene, quien se hallaba tan distraída con la lectura, que no percibió el ruido de mis botas sobre la arena. Estaba sentada en un banco rústico, con la cara inclinada al libro que tenía abierto sobre las piernas, y terminaba de leer aquella narración que conmovía en extremo su exquisita sensibilidad.

Al ver yo que de sus ojos se desprendían dos lágrimas silenciosas que fueron á caer sobre las páginas, cojí una rosa y tirándosela sobre el libro, le dije:

—Enjuga tu llanto con esa flor, que aunque muy bella, no lo es tanto como esas lágrimas, arrancadas á tu corazón, por la ternura que reboza en las páginas de ese poema.

—Siempre poeta! me contestó, sonriendo melancólicamente.

Y añadió conmovida:

—¡Qué desgraciada fué la pobre María! La grandeza de su infelicidad me ha tocado en el alma de tal modo, que deploro su desventura como si fuera mía.

—Ese es el poder del genio, y tus lágrimas el homenage que rindes al creador de esa niña, tan seductora como pálida y desdichada!

Después de estas palabras, nos quedamos silenciosos, como si al contemplar con la imaginación la tumba de María, meditáramos en la inexorable inmortalidad de ciertos infortunios.

Irene rompió este silencio casi religioso en

que nos habíamos sumido; preguntándome con tristeza:

—¿Tú has amado alguna vez?

La figura de Amalia surgió radiosa en mi pensamiento, al conjuro de aquella pregunta, y por ello no me fijé en la intención que encerraba, al responderle con esta otra:

—Y tú?

Irene bajó los ojos tímidamente, y por su rostro se extendió el púrpura que invade la bóveda celeste, en las alboradas de primavera.

En este momento se presentó el criado á avisarme que había cumplido mi comisión.

Me separé de Irene, y montando á caballo, me lancé apresuradamente hacia la llanura, como si más veloz que mi pensamiento, corriera delante de mí la sombra vaporosa de mis ensueños.

XIV

Atravesé por la pradera en todas direcciones, unas veces obligando el caballo á marchar rápidamente, avanzando en otras con lentitud, y deteniéndome las más, para meditar ó para evocar la imagen de mi amada.

En todos los recodos de las veredas, detrás de un montecillo cualquiera, oculta entre los brezales ó sentada sobre la tierna alfombra de blandas yerbecillas, en todas partes me parecía que iba á sorprenderla, recogiendo campánulas y lirios ó soñando quimeras y amores. Á cada nueva perspectiva del paisaje, acariciaba el presentimiento de encontrarla, y á medida que veía frus-

trarse mis vagos deseos, hostigaba mi caballo, en los adormecimientos de aquella alucinación.

Así es la existencia del hombre. Correr siempre infructuosamente, tras los indecisos contornos de un espejismo cualquiera, á pesar de la implacable realidad que dá en tierra con sus ideales y sus esperanzas.

Amar sin que las palpitaciones de otro corazón formen armonía con las del nuestro, es la suprema fatalidad de un alma enamorada. Mas, ¿no será éste el único medio de que una pasión se inmortalice? ¡Ah! Es preferible ser víctima de un amor infortunado, que al fin y á la postre en las desdichas de amor hay cierta felicidad inexplicable, antes que llegar á palpar todas las deformidades de un corazón ingrato!

Al pasar junto á un viejo y alto javillo que elevaba sus ramas al cielo, como ansioso de la inmensidad, me paré á contemplar la obra de un arrendajo que tejía con destreza el colgante y artístico nido de pajas, en que debía abrigar la nueva cría, en tanto que su compañera le alentaba, revoloteando y piando con ternura á su alrededor.

Experimenté una secreta sensación de placer, al admirar el amoroso instinto de aquellas avecillas; pero luego mi frente se tornó ceñuda, pensando que mientras aquellos pájaros desvalidos labraban, al par que su nido, su mutua felicidad, yo apenas podía satisfacer mi pasión con mis ensueños descabellados.

Con el corazón oprimido por la triste certidumbre de ese contraste, seguí vagando á la ventura, hasta que ya entrada la noche, llegué al patio de la casa, donde era esperado por mi padre, Irene y Mariana, quienes estaban alarmados por mi tardanza, razón por la cual el viejo Blas había salido en mi solicitud.

Cuando nos sentamos á la mesa, todos nota-

ron la aflicción que me embargaba y que inútilmente trataba yo de ocultar. Aquí fué el llover de las preguntas de Mariana, ayudada por Irene, en su anhelo de conocer los motivos de mi tristeza. Mi padre también me interrogó afablemente, acerca de la pena que suponía me abrumaba, y yo le respondí que mi sufrimiento no provenía de quebrantos morales, pero que sí me sentía indispuesto, lo que atribuía al exceso de ejercicio.

Mariana no se dió por convencida hasta que mi padre no hubo dicho que creía en la sinceridad de mis palabras; y en una mirada de Irene comprendí que ésta dudaba de las razones que yo había expuesto, buscando en otras causas el origen de mis padecimientos.

—Entonces, dijo Mariana, es que te habrás puesto á leer ó á escribir. No quieres convencerte de que te hace daño, y por eso me vas á obligar á esconderte los libros, así como la pluma y el papel.

—¿Es verdad lo que dice Mariana? me preguntó mi padre con severidad.

—Nó; le contesté; Irene puede dar razón de que hoy no he visto otro libro que el que élla leía.

—Es cierto, dijo Irene, tratando de evitarme el enojo de mi padre, quien era tan pródigo de su cariño para conmigo, como cuidaba de trasmitirme la austera rectitud de su carácter, metódico y ordenado en todo.

—Bien, continuó mi padre; espero que no desobedecerás la prohibición que por tu bien y el de los que te queremos te tengo hecha, pues las consecuencias de una recaída, tan fatales serían para tí, como lamentables para nosotros.

—Hasta ahora no he faltado á su orden y trataré de no dar motivos para que me reproche por ello; le respondí, temeroso de que fuera á autori-

zar á Mariana, para llevar á cabo la amenaza de separarme de los únicos confidentes de mis pesares.

—Yo me constituyo fiadora de la palabra de Guillermo, dijo Irene, lanzándome una mirada cariñosa.

—Y si no la cumple, exclamó Mariana, lo castigo escondiéndole los libros y mandando á la fiadora para casa de su madrina.

Irene se demudó á estas frases de la anciana, y en su semblante se trasparentaba el dolor que experimentaba, al comprender que había de separarse de nosotros, lo que de fijo no se le había ocurrido hasta aquel momento.

Yo vislumbré su mortificación y me apresuré á consolarla, diciendo á Mariana:

—No tengas cuidado, vieja, pues yo sé cumplir lo que prometo, y no habrás de verte en el caso de guardarme los libros, ni de hacer que Irene nos abandone.

—Yo confío en lo que ofreces; dijo mi padre encendiendo un tabaco, á tiempo que se levantaba de su asiento.

XV

Del comedor se dirigió mi padre á su escritorio; Mariana é Irene salieron á sentarse al corredor, y yo me retiré á mi aposento, para entregarme por entero á mis meditaciones.

Como si mi tristeza se hubiera comunicado á todos los espíritus, cuando nos levantamos de la mesa nos separamos silenciosos. Irene me miró

de un modo extraño, y en la expresión de sus ojos adiviné el deseo que tenía de conocer la oculta causa de mi pesadumbre, pues á su vivaz penetración no escapaba que mis sufrimientos eran morales y no físicos.

Ya en mi cuarto, despues de una larga abstracción, tomé la pluma, buscando en ella un alivio, y empezé á escribir las siguientes estrofas, con esta dedicatoria en letras gordas:

A AMALIA

Las turbulentas olas
á echarse en brazos de la playa van,
y en pago de sus recias amarguras,
siempre sobre aquel lecho morirán.

Las nubes del incienso
conducen las plegarias al altar,
y acaso aquellas súplicas del mundo
perdidas en los templos quedarán.

Soy la ola viajera
que anhela en tu regazo descansar,
y son mis pobres rimas, el incienso
que ofrendo á tu belleza virjinal.

Oh! hermosa de mis sueños!
pienso que no has de ser para mi afán,
ni la playa que absorbe, ni la cúpula
que no deja los cánticos pasar.

¿Eran acaso estos versos la voz secreta de un negro presentimiento? No lo sé; pero en el estado de ánimo en que me hallaba, solo la nota quejumbrosa podia brotar de mi lira.

Cuando terminé de trasladar al papel aque-

lla queja que nació espontánea de mi corazón abatido, me levanté para guardarla en la gaveta del armario, junto con sus otras compañeras de infortunio.

Estupefacto, como si hubiera sido sorprendido en la consumación de un delito, me quedé al ver á Irene detrás de mí, pálida y emocionada, sosteniéndose con una mano del espaldar de la silla que yo había ocupado.

—Tú aquí! esclamé, recojiendo tembloroso del suelo, el pliego que se había escapado de mis manos.

—Dispensa mi curiosidad, murmuró como temerosa de que yo me enfadara; pero conmovida por tu abatimiento, vine hasta aquí para hablar contigo de tus penas y tratar de consolarte. Abuelita me espera en el corredor, pues como yo, crée que nos ocultas el origen real de tus sufrimientos.

Yo, ante su inesperada presencia en aquel sitio, no acertaba á articular una palabra, tal era la impresión que me dominaba, viendo descubierto el secreto que hasta entonces había sepultado en lo íntimo de mi alma.

Después de una lijera pausa, en que, contra su querer, no pudo encubrir la emoción de que se hallaba poseída, Irene prosiguió:

—Ya sé lo que motiva tus congojas.

Su voz, al pronunciar tristemente estas palabras, tenía el acento de un doloroso reproche.

Mariana asomó en la puerta en aquel momento.

Yo, temeroso de que su nieta le comunicara el descubrimiento que había hecho, me acerqué á ésta y le deslicé en el oído estas palabras:

—No le cuentes nada de lo que has visto, y en cambio te prometo referírtelo todo.

La bondadosa niña me dió á entender con

un expresivo ademán su asentimiento, y me suplicaba al mismo tiempo, con el misterioso lenguaje de los ojos, que reprimiera mi angustia.

¡Cuán dolorosa sería la decepción que recibió, al convencerse de que un nombre que no era el suyo, acupaba en mi alma el lugar que ella soñaba poseer!

¡Qué tierna generosidad la suya, para ayudarme á esconder mi secreto, después de aquel horrible desengaño!

Mariana le preguntó, aproximándose á nosotros:

—Por fin ¿que es lo que tiene ese muchacho?

—Nada, le contestó Irene, un leve dolor de cabeza, y por eso me exije que le acompañemos esta noche aquí, pues no se siente con ganas de bajar al corredor, como de costumbre.

Esta extraña determinación de Irene contrariaba mis deseos de quedarme sólo, pero me resigné á sufrir las consecuencias, porque comprendía que, de otro modo, ella no habría podido entretener la curiosidad de su abuela.

—Entonces, me dijo ésta, voy á hacer cocinar un agua de sauco para darte un sudor, porque eso debe ser un resfriado.

—No sería malo, añadió Irene, sentándose en la hamaca, y aspirando á oir de mis labios la franca confesión de lo que me sucedía, en el momento en que la anciana nos abandonara.

Mariana, sin esperar mi opinión acerca del remedio proyectado, salió de la habitación, con toda la ligereza que su robustez y sus años le permitían, por lo cual no me dió tiempo para protestar contra la aplicación del sudorífico, que á mi entender, era aquella la peor oportunidad de propinármelo.

Burlada vió Irene su intención, pues no bien el ruido de los pasos de Mariana se había perdido

en la escalera, cuando Blas exclamó alegremente, penetrando en la pieza:

—¿Aonde está el perdío, que le traigo una buena noticia?

—Aquí estoy, mi viejo, esperando á que me la comuniques; le contesté, regocijado de que su presencia impidiera la revelación que de seguro Irene iba á exigirme.

—Ná; prosiguió el llanero, que usté se va á dá mañana la del perro. Lo manda á invitá ño Ruperto pa echá un ojeo en su rosa. Eso sí, debe levantase con el chichichí de los pajaritos, porque de aquí á alla hay mucha tierra e por medio. No le gusta la fiesta?

—Si me agrada, Blas, y acepto gustoso la invitación de tu amigo; pero tú te encargarás de despertarme.

—Pierda cuidao; tempranito le vengo á jalá la cobija.

—Está bien, te autorizo para eso.

—La parranda va á sé muy güena, porque los venaos son tamañotes asina y no le dejan ni retoñá los frijoles. Quedamos conveníos, pues, y yo me voy ahora mesmo á comé, porque tengo el estómago ajilao de tanto andá zanqueándolo por esos andurriales.

Salía el buen viejo recomendándome de nuevo que me despertara al llamarme, al mismo tiempo que Mariana entraba con el proyectado remedio.

Trabajo me costó convencerla de que mi fingida enfermedad no ameritaba aquella medicina; pero al fin, secundado por Irene, conseguí que desistiera de su propósito.

El reloj del comedor dió las nueve, cuando Mariana, dominada por el sueño, se despidió de mí, para retirarse á dormir, después de una hora larga que habíamos tenido de conversación.

Irene, cuya contrariedad no se me ocultaba, la seguía silenciosa y como abatida.

XVI

—Alza arriba, ño flojo, que ya las bestias están ensillás.

Con estas palabras me despertó Blas á la madrugada siguiente, tirando de una punta de la manta que me arropaba.

Al sobresalto que me produjeron sus gritos, siguió ese grato amodorramiento y ese vago sopor que se apoderan del cuerpo, cuando se permanece en la cama, después de haber despertado.

—Ya voy á levantarme; bostezando y desperezándome le dije:

—Bueno, pues, no se dilate, porque ya es tarde y tenemos que andá mucho.

—Oh! qué agradable sería quedarme aquí, hasta que levante el sol.

—Pero más sabroso es dí á matá los matacanes que le comen la rosa á ño Ruperto.

—Tienes razón.

Y me incorporé soñoliento todavía.

Cuando terminé de vestirme, Blas tomó de un rincón la escopeta y el morral míos, y salió delante de mí, que le preguntaba:

—¿Llevamos á Turco para que vaya aprendiendo?

—Si usté quiere; pero quien sabe si ese sute tendrá fuerza pa marchá al paso de las bestias.

—Intentemos hacerlo ir, y si se devuelve del camino, le dejamos.

—Veremos si sigue á Onza la perra manchá, que lo que es ésa, estoy seguro de que sale conmigo al fin del mundo.

—¿Cual de los peones va con nosotros? le pregunté, al ver desde la escalera tres caballos ensillados en el patio.

—El negrito Perucho, que aunque cobarde y flojo como el sólo, nos servirá para traerle los perniles á Don Antonio.

—¿No va á tomá café, niño Guillermo? me gritó la cocinera, cuando yo ponía el pié en el estribo.

—Eso no se pregunta ña Gregoria, le respondió Blas. Tráiganos dos tacitas, porque creo que yo también soy hijo de mi mama y que el sol alumbra pa toiticos.

El viejo llanero rebozaba de contento, porque para él no existía otro placer más grande que el de la caza, y como carecía de familia, le profesaba á sus perros y á su cubano todo el afecto que hubiera podido dispensar á unos hijos.

No había llegado aún la sirviente con el café, cuando ya Blas, Perucho y yo, completamente aviados, habíamos montado á caballo, en disposición de marchar.

Onza y Chuto, los dos venaderos de Blas, saltaban á las rodillas de éste, gozosos de verse libres de las correas del tramojo, y Turco, por no aparecer menos, corría á mi alrededor, y se echaba delante de mi alazán, extendiendo el cuello entre las piernas delanteras, como para contemplarme mejor, ó se sentaba á latir alegremente.

Mi padre que salía en aquel momento á la puerta de su dormitorio, exclamó afablemente, al ver nuestros preparativos de viaje:

—Ola! Para donde van tan apresurados, que no se toman el trabajo de avisarme?

—A echá un ojeo en la rosa de ño Ruperto, le respondió Blas.

—Y tú no te sentías enfermo anoche? me preguntó mi padre tomando una taza de café que le presentaba la cocinera, después de habernos entregado élla, las que nosotros esperábamos.

—Lo de anoche, le contesté, no pasó de ser un leve dolor de cabeza que cesó de molestarme en cuanto me rindió el sueño.

—Bien, Blas, continuó él, ten cuidado de que ese muchacho no se asolée mucho, porque todavía no está completamente repuesto.

—Yo le respondo de él, aunque yo creo que él necesita más de estos ejercicios, que de pasásela metío en la casa como una niña.

Nos despedimos de mi padre y salimos por detrás de la casa, hacia el callejón de entrada de la dehesa.

Blas, que iba delante con Perucho, silbó á los perros. Yo detuve mi caballo para despedirme de Irene, quien estaba en el patio, dando de comer á las aves de corral. En su semblante se notaba una languidez profunda.

Las gallinas saltaban cacareando de los totumos, á devorar el grano que élla derramaba de una camaza y que los pavos engullían glotonamente; las guineas, los patos y los pollos la rodeaban, atropellándose á cada nuevo puñado de maiz que caía al suelo, en tanto que unas palomas volaban confiadas, á comer en la vasija, ó se posaban en sus hombros.

¡Qué hermoso contraste presentaba aquella niña melancólica, entre la algarabía y la agitación de los animales que recibian el alimento de su manecita blanca!

—¿Como has amanecido? le pregunté, refrenando el alazán.

—Bien, me respondió con frialdad.

—Voy á cazar. ¿Qué quieres que te traiga?

—Lo que tengas á bien.

—¿Por qué tienes ese aire desdeñoso?

—¿Yo?

—Dime lo que te pasa, pues te noto muy distinta á como siempre te muestras conmigo. ¿Acaso te he dado motivos de disgusto?

—No estoy enojada; pero recuerda que no has cumplido lo que me ofreciste.

—Ah! ¿Esa es la causa de tu enojo? Pues no tienes razón para ello.

—Si la tengo, me replicó, haciendo un mohín que revelaba el poco agrado que le causaba mi jovialidad; porque yo quiero que confíes en mi lealtad, y no que tengas temor de revelarme tus secretos.

—No lo he hecho porque no ha habido oportunidad. Ya ves que Blas me interrumpió anoche, y en seguida Mariana.........

—Es cierto. Pero ¿me ofreces contarme todo cuando vengas?

—Si, te lo ofrezco.

—¡Cuidado como me engañas!

—Te juro que no! Ahora, ¿qué deseas que te traiga?

—Que te diviertas mucho y tráeme lo que más te plazca.

—Adiós.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta la tarde. Adiós.

—Adiós.

Blas se había vuelto á llamarme y me dijo:

—Caramba! que usté se para aonde quiera, y asina no vamos á llegá nunquita.

—Vámonos, pues.

Pusimos las cabalgaduras al trote y cuando penetramos en el callejón de los naranjos, ya

Perucho había corrido las trancas de la puerta y nos esperaba con los perros en el camino.

—Guillermo, gritaba á este tiempo Mariana desde el corredor.

—¿Qué mandas? le respondí, volteando hacia atrás.

—Aquí voy á asar lo que maten.

Y me enseñaba la palma de la mano.

—Está bien.

—Esta señora Mariana, murmuró Blas, herido en su amor propio de cazador, no sirve más que pa conversá soquetadas.

—Pero es muy buena, agregué.

—Aunque así sea.

XVII

Amanecía. Los primeros destellos del sol subían del horizonte iluminando la bóveda celeste, que parecía sonreir á los besos de la luz; girones de escarlata flotaban en desorden sobre el claro-oscuro de las nubes, que abrillantadas por sus reflejos, se destacaban como una prolongada sucesión de ondas de nácar; y al resplandor de aquel como incendio sideral, los bosques y las quiebras del terreno surgían progresivamente de las sombras, en que reposaban informes, como al conjuro de no sé qué mágico hechicero.

La aurora es un himno: la Naturaleza lo entona. A la armonía de los astros que languidecen en el espacio como notas que se apagan, se unen los gorgeos de los trovadores con alas, las quejas que arranca la brisa á su caramillo de ho-

jas, el murmullo de las aguas que se despeñan modulando cromáticas sonoras, y el ritmo imperceptible de los capullos que entreabren y los pimpollos que brotan.

El caserío cercano, cuando pasábamos por él, empezaba á animarse con el movimiento de las ventas que se abrían, las canciones de las cargadoras de agua y de los labradores que se encaminaban al trabajo, y con el mujido de las vacas que salían á pastar.

El aleteo y el canto de los gallos, al abandonar las trojes de dormir, eran repetidos de distancia en distancia, como si fuera la prolongación de un eco; los arrozeros entonaban en los tejados sus cantos, que semejan dulce chasquido de besos; y allá, á lo lejos, en el fondo de las montañas, repercutían los alaridos de las cotaras y los gritos de las guacharacas.

Aquella mañana tan alegre, era como la promesa de un día favorable á nuestra excursión cinegética. Así lo previó Blas, pues al torcer nuestro rumbo, dejando á la espalda las últimas casas del poblacho, para internarnos en la llanura, me dijo:

—Parece que va á jacé buen día pa la parranda. No hay nubes del lao de la sierra, á pesar del aguacerazo de anoche, y si no fuera asina, ya sabía yo que chubasco nos iba á emparamá.

—¿Crees que no lloverá?

—Estoy satisfecho de eso.

Y añadió dirigiéndose al negrito que nos acompañaba, el cual se había retrazado:

—Dale látigo á ese mocho, porque si no te vas á quedá en el camino.

—Si es que no quiere andá, rezongó Perucho, con aquella su voz que le salía por la nariz.

—Pues por eso es que te digo que le eches palo, hijo e la gran perra.

Turco marchaba alegremente al lado de Onza y Chuto, sin dar las más ligeras muestras de cansancio, causando con su buena voluntad la admiración del viejo cazador, quien se veía á veces obligado á detenerse, para arrear el jamelgo del cari-acontecido Perucho.

Así que hubimos recorrido una larga extensión de sabana, andando por entre chaparrales, llegamos al río, y avanzando por la orilla, en dirección opuesta á la corriente, nos vimos al cabo en la ladera del cerro en donde estaba situada la casita de palmas de ño Ruperto.

XVIII

Habíamos invertido más de dos horas en el camino, pues mi reloj marcaba las siete de la mañana, cuando, después de haber subido al galope la colina levemente inclinada, nos desmontábamos en el corredor de la cabaña.

Ño Ruperto y sus dos hijos Pantaleón é Ignacio me conocían desde un día en que habían ido á "El Palmar," á llevar unos jojotos á Mariana y á solicitar un favor de mi padre, á quien el honrado labrador profesaba entrañable cariño, por haber militado con él en la guerra civil.

—Ah! ño Rupertoóo, gritó Blas, amarrando su caballo del tronco de un guayabo, á tiempo de que yo entregaba las riendas del mío á Perucho.

—Carambita, contéstole el interpelado saliendo por detrás del caney; ya se me estaba poniendo que no iban á vení, aunque Ignacio me dijo que le había dao el recao. ¿Como le ha dío, blanco?

—Bien ño Ruperto. ¿Tendremos una buena partida?

—Hombre, asina lo creo yo, repuso estrechando afablemente mi mano y la de Blas.

Ignacio, probando el filo de un machete con la yema de los dedos, y Pantaleón deshilachando cocuiza para los tacos, vinieron después de su padre y nos saludaron con humildad.

Ño Ruperto era un hombre de regular estatura, y revelaba más fortaleza de la que sus años podían concederle. Sus ojos, pequeños pero animados, resaltaban fogosos sobre la piel oscura de la cara, en la que lucían á guisa de bigotes, unos cuantos pelos gruesos, de un negro lustroso. Vestía camisa de lienzo, suelta por encima de los anchos calzoncillos; y un sombrero de palma y unas cotizas, completaban su traje.

Sus hijos, dos mocetones robustos, trigueños y de fisonomía simpática, iban vestidos al igual de él, con la única diferencia de llevar los piés descalzos.

—¿Como están por allá? me preguntó ño Ruperto, brindándome asiento en un butaque que sacó de la pieza cercana.

—Todos gozan de buena salud.

—¿Como están su papá y la señora Mariana? continuó. ¿Y la blanquita Irene no se ha dío pa casa e su madrina?

—Todos están bien, á Dios gracias, é Irene sigue al lado nuestro.

—Bueno, pues; siguió, volviéndose á sus hijos; arreglen lo que falte y avísenle á las mujeres pa que pongan el desayuno; pero quítenle antes los aperos á las bestias y póngalas á comé aonde haya bastante pasto.

Pantaleón é Ignacio salieron á obedecer la orden que les daba su padre, acompañados por el negro Perucho que fué mandado por Blas.

—¿Dónde está su mujer? pregunté á Ruperto. Quiero conocerla.

—No hay inconviniente, me respondió. Anda por allá aentro, ocupá en arreglá la comía, pero déjeme llamásela pa que la conozca y también á Genoveva, la muchacha.

—Mire que Genoveva es de chup' y déjeme el cabo, me dijo Blas, socarronamente; y cuenta como se la va á enamorá, porque élla es la prenda e ño Ruperto.

—El blanquito me considera, como don Antonio, y por eso no tengo cuidao, dijo el aludido.

Y exclamó en seguida, acercándose á la puerta:

—Mirá Genoveva, decile á tu mama que venga pa que conozca al niño, y vení tú también.

Á poco se presentó la fresca y cariñosa campesina, que revelaba menos edad de la de su marido, y después de saludarnos con afabilidad, instó á su hija á que saliera. Ésta, tímida y avergonzada, vacilaba para avanzar, en el umbral de la puerta, pero al fin se decidió á presentarse, esquivando mis miradas.

—Y á fé que es buena moza, exclamé, admirado de sus graciosos aunque rústicos atractivos.

—Usté se quiere burlá, murmuró, y después de darme la mano, se retiró en pos de la madre, quien ya nos había invitado á pasar á la mesa.

Blas, ño Ruperto y yo las seguimos á la sala, donde se veía la mesa cubierta con un mantel muy blanco y aseado.

Al tomar asiento pregunté por Pantaleón é Ignacio; y Genoveva que llegaba con la cafetera de hojalata, me respondió que ellos se habían desayunado desde temprano.

El desayuno se componía de carne, tajadas de plátano verde y huevos fritos, todo en abun-

dancia y apetitoso, y acompañado de grandes arepas.

Terminamos de comer y nos levantamos á tomar nuestras armas y á disponer los últimos preparativos.

Blas cojió su cubano y le hizo unas cuantas caricias á los perros de Ruperto, que ya se habían reunido con los nuestros; Pantaleón se presentó trayendo al hombro su escopeta, y en una mano el fusil y el morral de su padre, quien después de recibirlos, se puso delante acompañado de Perucho, para servirnos de guía; por último, yo cerré la marcha junto con Ignacio, que iba armado de una carabina.

XIX

Descendimos de la colina y proseguimos por el pequeño valle que demora al pié de élla, hasta dar en un bosque, el cual atravezamos por un angosto sendero. Salimos después á un escalio que se hallaba antes del conuco, é internándonos en los callejones del maizal, llegamos á la barranca de la quebrada, que separaba la plantación de la montaña, en donde nos detuvimos á concertar el plan de la batida.

Siguiendo las indicaciones de Ruperto, quien se quedó conmigo para guardar la salida de los venados á la sementera, Blas se dirigió á evitar el escape de ellos en la desembocadura del zanjón, y Pantaleón fué á situarse con Perucho en la ladera opuesta de la serranía.

Ignacio reunió los perros y subió con ellos

por la barranca, hasta el nacimiento del arroyuelo.

—Bueno, pues, me dijo ño Ruperto antes de ir á ocupar su puesto; vamos á ve si usté se luce; eso si, mucho ojo y mucho pulso, no vaya á sé cosa de que le salga el brujo.

—¿Como el brujo?

—Guá; el venao brujo que vive en este monte. Una porción de tiraores le han desparramao el tiro en las narices y no han lograo matalo. Yo mesmo lo he jerrao á boca e jarro.

—Dios quiera que se me presente, á ver si me sucede lo que á ustedes.

Y solté la carcajada.

—Güeno, ríase; pero por un si acaso, santígüese antes de tirale.

Dicho esto, me pidió la escopeta para cargarla con guáimaros; y al terminar la operación, se encaminó á su puesto con presteza, pues los gritos de Ignacio y los ladridos de los perros, repetidos confusamente por el eco, nos indicaban que la pieza había sido levantada.

El silencio que poco antes reinaba en aquella selva solitaria, se había convertido en una grita atronadora.

—Allá va oh! gritaba Ignacio. Cújelo Chuto! Cújelo Onza! Cuj!

—Grítele á Pantaleón que ha cojío pal lao el cerro, me gritó ño Ruperto.

Yo trasmití el alerta á mi vez, y Pantaleón contestó que estaba preparado.

Los perros ladraban furiosamente, ya cerca, ya distantes, y el eco de la montaña se encargaba de multiplicar y repetir todas las exclamaciones y todos los ladridos.

Resonó un tiro y luego se oyó la voz de Pantaleón:

—El brujo! Y va herío.

Yo me sentía nervioso y anhelaba la aparición del animal.

Los ladridos de la jauría me dieron á entender que bajaba hacia el plantío; pero la res volvió sobre sus pasos, al distinguir á ño Ruperto, sin dar tiempo á éste para descargar su arma.

Cesó momentáneamente la algarabía, pues los perros perdieron la pista del venado, al tomar el cauce del arroyo para retroceder hacia el fondo del bosque. Ignació los llamó con un silbido prolongado y volvió á azuzarlos, comunicándoles nuevos bríos con repetidas exclamaciones.

—Zus á él Bandola! Cuje Zorrito! Cújelo!

Trascurrió largo rato sin que los perros pudieran dar con el rastro, y un segundo tiro disparado por Ignacio, me hizo prever que de no estar muerto, el animal regresaría de por fuerza hacia mi lado.

Así sucedió, en efecto, pues en el momento en que el viejo Ruperto me advertía que iba á salir por mi puesto, la res, sin divisarme, se detuvo á mi vista en un claro del monte. Era enorme y hermosa, y al erguir la cabeza para olfatear, exhibía la cornamenta adornada con los bejucos y las ramas que se le habían enredado en la carrera. Su piel se veía salpicada en el cuello por pequeñas manchas de sangre. Tenía una rozadura de bala en el pescuezo. Después de revolverse fatigada entre sus perseguidores, lanzando cornadas á los perros, emprendió la carrera, de frente hacia mí. Me eché la escopeta á la cara, después de hacer algunos esfuerzos para dominar mi emoción, apunté por entre el espacio libre que me dejaba el ramaje, y en el momento en que saltaba el zanjón, á una distancia excesivamente corta de mí, disparé con toda confiaza.

El venado vaciló sobre sus patas traseras y cayó al fondo del zanjón.

Un recio grito de satisfacción que nerviosamente lancé, atrajo á ño Ruperto, quien al llegar al sitio del suceso, se quedó admirado de la corpulencia del rumiante, que agonizaba en el lecho de la quebrada.

—Carambita, exclamó, si ese no es el brujo, que no me llame yo Ruperto.

—Y ahora, le dije, ¿qué piensa de las brujerías?

—Lo que pienso es que los tiros como ése, en el codillo, acaban hasta con el mesmito Mandinga.

El viejo campesino llamó con gritos de júbilo á los demás cazadores, y en el momento en que nos disponíamos á bajar la barranca, resonó un tiro del lado en que Blas estaba apostado.

Ignacio llegó en seguida, y á poco se presentó Blas, trayendo asido de la cola un araguato.

—¿Y ese araguato? le pregunté.

—Pa jacé un gorro con el cuero. ¿Qué quiere usté? Ese bicho no me ha dao el gusto de pasá por mi lao. Usté si que debe de está bañao en agua rosá; pero yo! Yo no he jecho si no el papel del diablo.

—El papel del diablo quien lo jiso fué este negrito, replicó Pantaleón, asomando con Perucho entre unos bejucales.

—¿Por qué?

—Guá! Cuando el venao llegó junto á él y se le puso á tiro e cachito, este juambimbe empezó á temblá como una anguilla y en lugar de tiralo, lo que jiso fué decime:

—Pantaleón, aquí está el venao!

Una carcajada general acogió el chiste del mozo, y hasta el mismo bobalicón de Perucho se sonrió, enseñando su blanca y lustrosa dentadura.

En tanto que Ruperto ataba los jarretes de

la res, con unos bejucos que cortó al efecto, Ignacio y Pantaleón tomaron una vara y después de introducirla entre las piernas del animal, se la echaron á los hombros y abrieron la marcha hacia la casa, á donde llegamos con el sol en pleno zenit.

Teresa y Genoveva salieron á nuestro encuentro, celebrando el buen éxito de la batida; y mientras ño Ruperto, Blas y los muchachos, se ocupaban en descuartizar el venado, rodeados por los perros, que como los zamuros que empezaban á bajar á los árboles, esperaban su parte de la res, yo me fuí á acostar á un chinchorro que estaba colgado en el caney, donde mi apetito se aumentó, oyendo el chirrido de las cazuelas de la cocina y aspirando el aperitivo olor que se desprendía de los guizos.

Á las dos de la tarde se sirvió el almuerzo á la sombra de una mata de mango, en el patio. Durante la comida, corrió la conversación sobre las distintas peripecias del ojeo y en proyectos de nuevas parrandas que ño Ruperto ofrecía en obsequio mío.

Ya Blas estaba á caballo, al tiempo de partir, y Perucho terminaba de aviarse, cuando Genoveva, acercándose á mí para entregarme una jaula con una paloma criada por élla, me dijo:

—Mucho debe usté queré á esa blanquita, cuando va á di cargao con esto.

—Sí, la quiero mucho, pero como á una hermana.

—Cuidaíto, pues.

La paloma la había destinado yo para Irene, por lo cual se la había propuesto comprar á Genoveva, desde el momento en que la había visto.

Después de recibir de ño Ruperto, su mujer y sus hijos los "cariños" y las "expresiones" para mi padre, Irene y Mariana, emprendimos la marcha de retorno.

XX

Al ruido de las pisadas de nuestros caballos en el corredor de la casa, Mariana salió de su aposento con el rosario en la mano, murmurando las últimas palabras de un Ave-María.

Blas que no se había olvidado de la broma con que élla nos había despedido en la mañana, le dijo, señalándole los perniles del venado que Perucho había traído para mi padre:

—Mire, señora Mariana, guárdele uno á don Antonio y el otro lo asa como nos dijo cuando nos íbamos. ¿Nó ofreció cocinalos en la punta del deo?

—Lo preparo como quiere, si me prueba que usté fué quien lo mató.

—Pues, si señó, lo maté yo.

—Hum! Esa es grilla.

—Guá! pregúnteselo al niño.

—¿Es verdad? me interrogó Mariana guiñando un ojo, al tiempo de acercarse á recibir la jaula que yo le daba.

—Sí, es verdad, le contesté con una sonrisa que revelaba lo contrario de lo que había afirmado.

—¿No se lo decía yo? exclamó alegremente, dirigiéndose á Blas; Guillermo le puede dar lecciones.

—Pues sí, él le pegó el tiro, pero eso es lo mismo que si hubiera sido yo; que si el tiene puntería es porque yo lo he enseñao.

Blas y Perucho, que durante esta conversación desensillaban los caballos, una vez que hu-

bieron concluido, salieron á llevarlos al pesebre. Mariana se encaminó á la cocina, y yo, seguido de Turco, que se deshacía en caricias, como demandándome una recompensa por su buen comportamiento en la partida del día, subí á mi habitación para cambiarme el traje.

Cuando terminé de mudarme, bajé al comedor, atendiendo al llamamiento de Mariana.

—¿Donde está Irene, que todavía no ha venido á saludarme? le pregunté desde la escalera.

—Salió con don Antonio á hacer una visita á la familia de don Pepe Ramírez, que ha venido á pasar unos días en su fundación. Cómo ya llegó de Caracas su hija Emilia!

—Cónque ya vino la señorita que aguardaban?

—Sí, ya vino.

—Y ¿cuándo llegarán los visitantes?

—No deben de tardar mucho, porque hace mas de hora y media que se fueron.

Terminaba yo de comer cuando se presentó mi padre en el comedor, á tomar informes del resultado de la expedición, después de lo cual me participó que con motivo del regreso de la señorita Ramírez, el padre de ésta iba á dar un baile en su casa, el domingo siguiente, para el cual me invitaban.

—Bien, me dijo después de que le hube reseñado detalladamente, como me lo exigió, los sucesos de la batida; prevente para que lleves á Irene á esa parranda, pues en el mes que ha pasado con nosotros, esa pobre niña no ha tenido ninguna distracción, y sería una crueldad que no aprovechara esa oportunidad de divertirse.

Dicho esto, salió á comunicar órdenes á los peones de la pastoría, que en aquel momento llegaban de la faena.

Mariana entró con el café, exclamando:

—Jesús! Aquella muchacha está loca con la paloma montañera. Asómate para que la veas.

Irene, que escuchó las palabras de su abuela, no esperó á que yo me levantara y fué al comedor, acariciando tiernamente la paloma que para élla le había pedido yo á Genoveva.

—Ay! qué linda! decía con profunda expresión de cariño; y le alizaba las plumas, pasándole la mano por el cuello, y entremetía en sus labios el piquito del ave, que se abandonaba con toda su mansedumbre á la suave opresión de aquellos dedos de alabastro y á los dulces besos de aquellos labios sonrosados y frescos.

—Te agrada mi obsequio? le pregunté.

—Cómo no! Si hace mucho tiempo que deseaba tener una montañera; y además, élla me prueba que sabes cumplir lo que ofreces; me contestó, remarcando las últimas palabras.

No se me escapó toda la intención que Irene ponía en su respuesta; y así, le repliqué para mortificarla:

—No siempre!

—No siempre! repitió con extrañeza; y dejó de jugar con el ave, y oprimiéndola suavemente contra su seno, como entristecida, se retiró á encerrarla en la jaula.

XXI

Seguí á Irene con la vista, hasta que desapareció en la oscuridad del dormitorio de Mariana, y tomando luego una silla, salí á sentarme al patio exterior de la casa.

La noche vestía de gala.

El profundo silencio que reinaba, á intervalos era interrumpido por el ladrar de los perros.

El azul diáfano del cielo, á la tenue luz de la luna, que avanzaba magestuosa entre su cohorte de estrellas, se había trocado en el gris reluciente del acero bruñido.

Los rayos lunares, bañando en oro líquido la copa de los árboles, dejaban el fondo del parque sumido en una vaga penumbra, llena de misteriosos encantos.

El adormecimiento voluptuoso en que descansaba la naturaleza, armonizaba con la tranquilidad de mi espíritu, distraído como estaba de la pasión, por las distintas sensaciones de placer que había experimentado en el día, y por el mismo cansancio de mi cuerpo.

El alma, pensaba yo, contemplando el hermoso panorama que tenía ante mi vista; ese sér inmaterial que anima á la materia ¿será una emanación de Dios sin formar parte de él, como sucede con los átomos luminosos de ese astro que tapiza el suelo de alas de mariposas? Nó; el espíritu es una parte infinitesimal, si es que medirse puede, del TODO, del VERBO que así puebla de mundos los espacios, como de glóbulos invisibles la sangre que circula en una vena; porque ¿qué cosa emana de otra, sin participar de su esencia?

Permanecí ensimismado en aquella meditación extraña, que me arrastraba á esa especie de panteismo espiritual, hasta el momento en que Irene, sentándose cerca de mí, me dijo al verme reflexionando:

—Ya has vuelto á entristecerte. ¿En qué piensas?

—Estoy admirando la belleza de la noche.

—Y pensando también en la de Amalia. ¿Nó?

Esta salida de Irene me extrañó de tal mane-

ra, que sólo pude contestarle con una mirada en que se reflejaba todo mi asombro.

—¿La quieres mucho? volvió á decirme cariñosamente, después de una breve pausa.

—Y tú ¿cómo sabes eso?

—¿Tan enamorado estás que te olvidas de lo que sucede y de lo que ofreces? Aquello que estabas escribiendo anoche, me reveló el misterio que desde que estoy aquí en "El Palmar" he venido reparando en la mayor parte de tus acciones.

—Es decir que leíste los versos!

—Todos los versos nó; pero si el nombre que estaba escrito arriba de ellos.

—Pues con eso lo sabes todo; ya no me queda nada por decirte.

—Con eso no lo sé todo; pero, es verdad, yo soy una impertinente y tal vez te estoy molestando, añadió, haciendo un movimiento para levantarse.

—Nó; ven acá, no te enojes.

Irene tornó á sentarse, y prosiguió en tono dulce y apacible:

—No estoy enojada, pero sí resentida, porque si pongo tanto interés en conocer tus pesares, no es por una simple curiosidad, sino por ver de consolarte. ¿Tú crees que no me apena encontrarte siempre tan pensativo? Ten confianza en mí........ ¿Acaso esa mujer te desprecia?

El corazón humano es un enigma. Tornadizo y caprichoso, hoy repugna lo que ayer apetecía, y tan pronto alienta sobrehumanas audacias, como teme las presentidas consecuencias de lo que intenta.

Yo deseaba hallar en Irene una tierna confidente de mis penas, pero al mismo tiempo temía que élla fuera á burlarse de mis locuras. ¡Tan lejos estaba de apreciar la bondad de su

alma! Además, me parecía humillante el hecho de amar tan ardientemente á una mujer, á quien solo había visto desde lejos. En esta creencia tan peregrina, hija de una altivez mal entendida ó exagerada, vacilaba para hacer á mi tierna amiga, la revelación de lo que me sucedía.

—Si estoy enamorado de esa niña, le dije, resuelto á confesarle la verdad, después de sostener una lucha con todas aquellas pasiones que simultáneamente se agitaban en mi corazón; y la causa de mi melancolía, consiste en que ignoro si élla me ama ó no. No puedo afirmar, como supones, que élla me desprecie, pero por mi mal, tampoco me es posible asegurar lo contrario.

—¿Nunca la has tratado?

—Apenas la he visto dos veces.

—Y ¿cómo se explica entonces el amor tan intenso que por élla sientes?

—Misterios del corazón que ni tú ni yo podemos comprender. La misma fatalidad que de élla me aleja, es la que tanto me acerca á su imagen; y por una extraña compensación, mientras menos puedo verla, más tenazmente se adhiere á mi pensamiento.

—¿Crees que su amor te hará dichoso? volvió á preguntarme, mirándome fijamente, y como adoptando una resolución que no acerté á explicarme.

—De no creerlo así, no la amaría.

—Pues entonces no te desconsueles. Todavía no tienes motivos para perder la esperanza.

Y añadió con entonación de tristeza:

—Lo que sí es verdaderamente doloroso, es amar, teniendo la certidumbre de que no somos correspondidos.

Oh! Con cuánto dolor no pronunciaría estas

últimas frases, que eran la expresión fiel de lo que le acontecía!

—Es cierto, le respondí; pero la incertidumbre no es menos espantosa.

—No tanto como la convicción de no ser correspondido. Espera y no te abandones á la desesperación. ¿Quién sabe lo que sucederá mañana?

—Estás en razón; tus palabras me reaniman y te las agradezco infinitamente.

—Ahí tienes, prosiguió, una oportunidad de verla y hablarle.

—Cual?

—En el baile del domingo.

—Temo que élla no asista.

—Si debe asistir. A menos que su familia no tenga relaciones con la de don Pepe; pero lo probable es lo contrario.

—Ojalá!

Mi padre asomaba en este momento por el extremo opuesto del corredor, y se encaminaba hacia nosotros. Yo, al verlo, me apresuré á decir á Irene:

—Ya te he cumplido mi promesa, y solamente tú tienes conocimiento de esto, por eso te ruego que á nadie se lo reveles.

—Tú y yo no más lo sabremos, me respondió con firmeza.

La voz de uno de los peones que descansaban en el caney, se dejó oir, al son de una bandola:

—El amor, ah! carambita!
á naide tiene respeto,
porque enloquece á los mozos
y quita el juicio á los viejos.

XXII

Dos días habían trascurrido, después de la noche en que hice á Irene la confidencia de mis amores, y el sol del tercero descendía á su lecho de púrpura, cuando élla y yo, nos separamos en el jardín, donde nos hallábamos leyendo, para ir á mudarnos los trajes, pues se aproximaba la hora de concurrir al baile de don Pepe.

Esta fiesta para la cual se habían hecho venir muchas parejas y los músicos del pueblo vecino, distante unas tres leguas del lugar, tenía para mí diversos atractivos.

La esperanza de encontrarme con Amalia, y la satisfacción de que Irene se distrajera de la melancolía que últimamente se había apoderado de su ánimo, eran dos poderosos incentivos que me estimulaban á asistir con entusiasmo á la reunión; y lo que además le prestaba grande interés para mí, era que no imperando en élla la afectada etiqueta de los salones, sino la franca cordialidad que caracteriza nuestras costumbres, iba á encontrarme en una de las tantas diversiones que si no tienen del todo carácter de nacionales, en las modificaciones que han sufrido, si guardan mucho del *sabor de la tierruca*.

Esto me animaba en extremo, porque siempre he sido afecto á las fiestas que nos hablan de nuestros antepasados.

La pretendida civilización que después del año 70 ha invadido el país, es asunto que se presta para grandes y detenidos estudios sociales.

No soy adicto al estacionamiento de las costumbres, y creo por el contrario, que el Progreso, ese eterno Mesías de la humanidad, no tiene otro precursor que el verbo revolucionario, porque las revoluciones, como el fuego, queman para purificar; pero tampoco acepto estos adelantos ficticios que en vez de aspirar á la civilización, por el perfeccionamiento de las ideas y por la práctica de la virtud, sólo tienden á implantar el predominio de los vicios, última enfermedad de los pueblos caducos. No soy conservador, pero acato los pasados gloriosos; soy revolucionario por instinto, pero repruebo los bárbaros excesos de la demagogía.

La corrupción no constituye la cultura de las naciones, sino el decaimiento de los pueblos. Las edades veneran y guardarán siempre con respeto, el recuerdo heróico de aquella Grecia, que llevó su gloria hasta inspirar las epopeyas de Homero; pero la Atenas envilecida en el sensualismo, que la elocuencia de Demóstenes no alcanza á defender de la invasión macedonia, desmerece los honores de la historia, y el concedérselos es eternizar la mengua de un gran pueblo vencido.

Nuestra cuna destella tanta gloria como la del pueblo heleno, porque la guerra de Independencia es el fruto de las virtudes todas, en maridaje que enamora; mas la austeridad de los hombres que agitaron aquella época y las sanas costumbres de aquellos tiempos semi-patriarcales, huyen de la vida pública, á refugiarse en el interior de no todos los hogares, en la quietud de las aldeas ignoradas, en la soledad de los campos, á donde no ha llegado aún la depravación moral que se esparce por nuestras grandes sociedades, con el antifaz deslumbrador de una finjida cultura.

Nuestros adelantos son un mal remedo de la civilización europea, porque de ésta no se ha

tomado sino lo que motiva el hundimiento de las razas.

Triste es decirlo! Epicuro ha venido á solazarse á las selvas vírgenes que los Caribes consagraron con sus himnos guerreros!

Con este pseudo-progreso que nos invade, los usos se han transformado, y á medida que se pervierten las costumbres, desaparecen también nuestras virtudes.

Sólo en los tranquilos villorrios, pueden verse hoy los añejos regocijos y los sencillos festivales que le dan fisonomía propia al carácter nacional. Allí las mariselas y los joropos bulliciosos; los villancicos de Navidad cantados al son de los instrumentos indígenas; los velorios de cruz en las noches de Mayo; solamente allí resuenan el trasnochado furruco, la marímbula melancólica, el yaraví congojoso, y las maracas, que marcan los movimientos del alegre zapateo.

XXIII

Animado por los gratos incentivos que me atraían al baile, me vestí apresuradamente, y como Irene no había terminado aún su tocado, me senté á esperarla en la sala.

Allí me entregué á mis constantes pensamientos amorosos.

¿Iría ó nó Amalia á la reunión? ¿Con quién bailaría élla al comenzar? ¿Me sería fácil hablarle? ¿Cómo recibiría mi demanda?

Todas éstas y otras muchas preguntas me embargaban, y á todas me respondía interiormen-

te, unas veces en sentido favorable, y entonces me dejaba conducir por el idealismo más elevado; otras en sentido adverso, y en seguida me abismaba en negras y pavorosas conjeturas.

Irene penetró á poco en la sala, y jovialmente me dijo:

—¿Te parece que estoy bien así?

—Te has puesto seductora.

Era verdad. Vestía un trage fondo violáceo con flores de color más subido, adornado sencillamente con encajes y lazos de cinta azulada. Su pelo, negro como la noche, lucía graciosamente peinado, cayendo en bucles sobre su espalda.

—No seas mentiroso, prosiguió mirándose al espejo con infantil coquetería; si parezco un espantajo!

—Otra persona que no fueras tú, no se atrevería á decir tal disparate.

—Por qué?

—Porque aparecería como envidiosa.

Irene se rió, y acercándoseme, en voz apenas percetible me dijo:

—¿Y Amalia entra también en la cuenta?

No pude responder á sus últimas palabras, porque Mariana se presentó allí mismo, y le dijo alargándole un pañuelo:

—Caramba, que ya te parece que no vas á ir al baile! Ese pañuelo se te quedó sobre la cama.

Dí el brazo á Irene y salimos al corredor, donde ya nos esperaba mi padre.

—Bonita pareja! exclamó al vernos. Estoy orgulloso de ir acompañándola.

—Más hueca estoy yo, replicó Mariana, añadiendo luego:

—Vaya pues, que gocen mucho.

Mi padre que se había olvidado sus tabacos, nos dijo devolviéndose:

—Sigan andando, que yo voy á buscar mis

tabacos. Yo los alcanzo al llegar al tranquero.

Irene se apoyó suavemente en mi brazo, y al internarnos en el callejón de naranjos, que la luna nos alumbraba,

—Oye, me dijo, si Amalia está allá ¿me la das á conocer?

—No tengo inconveniente.

—¿No la has visto en estos últimos días?

—No.

—Pero siempre la quieres mucho. ¿No es verdad?

—Nada ganaría con negártelo.

Irene no pudo reprimir un suspiro, y prosiguió:

—Y si élla no te amara ¿qué harías?

Iba yo á responderle, pero ya mi padre estaba cerca, y por ello varié de conversación, preguntando á mi compañera:

—¿Qué juicio te has formado de Emilia, la hija de don Pepe?

—No me digas! Es una señorita llena de muchos humos, que se crée una gran cosa, porque viene de la capital. Casi no habla, temiendo rebajarse, y cuando lo hace, es para referir lo que ha visto ó para hacer comparaciones. Á cada paso sale con el paseo del Calvario, la plaza Bolívar, el teatro, los coches, el bullicio, y termina por decir que aquello le hace falta y que se aburre, porque esto está muy lejos de parecerse á Caracas. ¡Cómo si nosotros no lo supiéramos, y como si ir á Caracas fuera ir al cielo!

—Exactamente, añadió mi padre, ya había reparado yo en lo que cuentas á Guillermo, pero encuentro muy natural la vanidad de esa niña.

—¿Por qué? dije.

—Porque así son todas las mujeres.

—Muchas gracias, le dijo Irene con ironía, por la parte que me deja en ese elogio.

—Contigo no va eso; tú no eres mujer.

—Y entonces ¿qué soy?

Mi padre permaneció en silencio un instante, como vacilando para responder á la vivaz pregunta de Irene, y luego le dijo riéndose:

—Tú?.... Mi muchachita querida.

XXIV

Penetramos en la casa de don Pepe, atravesando por entre una multitud de peones y campesinas que componían la barra, asomándose á las dos ventanas y á la puerta de la sala.

Estaba ésta alumbrada por cuatro lámparas de petróleo y algunas bugías, colocadas sobre mesas de caoba arrimadas á las paredes recién-encaladas; algunas fotografías, descoloradas por el tiempo, se veían á entrambos lados del espejo, que también revelaba en las pérdidas del mercurio la antigüedad de su hechura; y varios floreros adornaban las mesas, junto con otras baratijas de cristal.

Los concurrentes de uno y otro sexo iban y venían por las habitaciones. Aquí se veía un grupo que sostenía una plática animada; más allá un corrillo de viejas; por aquel lado una jamona aislada, abanicándose con mal afectada gravedad; allí un joven colocando una repisa que se había olvidado á última hora; por acá otro que traía una bandeja con copas de caratillo, para obsequiar á las señoritas, y mientras la señora de la casa se afanaba para atender á todo, un niño recorría la sala ras-

pando una vela de esperma para poner resbaladiza la coleta.

Busqué á Amalia con la mirada entre las parejas que se encontraban en la sala; pero mi pesquiza resultó inútil. Aquella dominadora de mis pensamientos parecía huir de mi vista, como la vaga visión de un ensueño.

La decepción que recibí al no encontrarla, como anhelaba, me desanimó profundamente; y así, y desconocido como era para la generalidad de los concurrentes; sin afectos, sin relaciones entre los que se divertían en torno mío, no me quedó otro recurso para distraerme del fastidio, que darme á conversar nimiedades con la señorita hija de don Pepe; pero mientras esto hacía, mi pensamiento vagaba por no sé que regiones ignoradas, en persecución de la que tan cruelmente lo tiranizaba.

Cuando sonaron los primeros acordes de la orquesta, y me disponía á dar el brazo á Emilia, para salir á valsar, Amalia apareció en la puerta, magestuosa y radiante de belleza.

A su lado iban los jóvenes con quienes la ví la tarde de la cabalgata, y detrás de todos ellos, venía un hombre entrado en años, tan gordo y contrahecho, que su desmesurado abdomen apenas dejaba percibir la medida exacta de sus canillas y su cabeza. Agréguese á esto el rojo pronunciado de su piel, una enorme pera y unos bigotazos entrecanos, embutidos entre la barba y la nariz, y el brillo de sus ojos saltones, y se tendrá la vera-efigie del raro acompañante de mi amada.

Al desencanto que había sufrido, sucedió una alegría inexplicable que me embargó toda el alma. La fuerte emoción porque estaba pasando, debía revelarse en la palidez de mi semblante y en la alteración de mis facciones.

Emilia me pidió permiso para salir á recibir á los recién llegados. Irene que expiaba todas mis acciones desde un ángulo de la estancia, clavó en mí una mirada, en la cual se dejaba entrever algo así como la sombra de un sentimiento triste y desconsolador; y dominándose repentinamente, con un expresivo ademán me preguntó lo que por su desgracia ya había comprendido. Yo le dí á entender del mismo modo, que al fin mi ídolo estaba en nuestra presencia.

Mi padre que departía con varios amigos súyos en un rincón, se levantó precipitadamente, y acercándose á Irene, cruzó con élla algunas frases á media voz, después de lo cual vino á juntarse conmigo y con gesto severo y enojado, me dijo:

—Acabo de exijir á Irene que se finja indispuesta, para marcharnos inmediatamente. Dispónte tú también.

—¿Por qué motivo? me permití preguntarle, con una expresión denunciadora de la contrariedad que me producía su resolución.

—Porque ni yo, ni tú, ni mucho menos Irene, podemos sancionar con nuestra presencia, tamaña inmoralidad. Me extraña mucho que Ramírez tolere esas cosas; pero bien visto, no debía extrañarme, porque él tiene de ésas, el montón.

Estas palabras y la actitud que el había asumido, me hicieron suponer que de algún asunto muy grave se trataba. Sin embargo, en aquellas excepcionales circunstancias, me creí autorizado para insistir en mis preguntas, ya que mi padre con su inexperada determinación, echaba por tierra mi más hermosa esperanza: la de tratar á la mujer á quien amaba.

—¿A qué inmoralidad se refiere usted? me aventuré á interrogarle en tono confidencial.

—¿Has visto aquellas mujeres que entraron últimamente? me preguntó á su vez.

—Si; le respondí.

—Pues bien, la delgada, pálida, es..... es la manceba de aquel viejo desvergonzado, que en su cinismo, no vacila para cargar juntas á su hija y su querida. Si yo hubiera sabido esto, no vengo.

Y diciendo así, me señaló con prudencia á Amalia y al viejo panzudo.

El golpe fué asestado sin intención, pero dió en parte muy noble: en mitad del alma!

¡Amalia de otro, y prostituida!

¡Qué pensamientos tan siniestros cruzaron por mi cerebro, al tener conocimiento de su infamia! Verdaderamente no sé lo que sentí; pero mi vista se nubló, la sangre afluyó en hirvientes borbotones á mi cabeza, y faltándome el conocimiento, bamboleé y caí desplomado sobre el piso......

XXV

Cuando torné á la vida, no pude darme cuenta exacta de lo que me sucedía. Era algo así co- el despertar de un sueño pavoroso. Mi cerebro debilitado en extremo por la segunda congestión, no daba acceso á las ideas, que en medio de aquel embotamiento de mis facultades, acudían en desordenado tropel á mi mente.

Irene que estaba sentada á la cabecera de mi cama, al oir que con voz apagada yo articulaba su nombre, envuelto en un suspiro, dió un grito

de júbilo y salió á llamar á Mariana y á mi tía Gertrudis, quien había llegado del pueblo, cuando le comunicaron la noticia de mi recaída.

En vano trataba yo de coordinar mis pensamientos, y cuando quise hablar para informarme de lo acontecido, se me prohibió terminantemente, obedeciendo á la prescripción del médico.

Mi padre y los demás habitantes de la casa se mostraban muy contentos de mi restablecimiento, pues muchas veces se había dudado de mi salvación; pero la que más regocijada estaba por mi mejoría, era la bella é inocente nieta de Mariana.

Mi curación, según se me dijo después, fué casi milagrosa, y el facultativo que me asistió se enorgullecía de élla, diciendo lo que suelen decir todos los médicos, cuando quieren cobrar más caro: que era el caso más apurado en que se había visto.

La convalescencia fué lenta, por lo muy trabajado que quedó mi organismo.

Irene no me abandonaba para nada, y atendía á todos mis caprichos con la solicitud de una hermana; advirtiendo que mi carácter, transformado en irascible, me hacía insoportable para los que no me hubieran amado tanto como élla. Era digna de admiración, cuando, siguiendo las prescripciones del doctor, se veía precisada á no consentir alguna de mis extravagancias. Entonces se me acercaba humildemente, y poniendo en sus labios toda la ternura de su alma, me decía:

—Yo te daría de buena gana lo que me pides, si fuera á terminar tu curación; pero eso te hace daño y.... yo no lo quiero. Compláceme conformándote.

Ante esa elocuencia del afecto, yo desistía sin desagrado de mis propósitos.

Por élla pude atar todos los cabos sueltos de

mis recuerdos y comprender definitivamente la verdad de mi desgracia. Siendo, como era, la única que tenía conocimiento de mi pasión, élla sólo se explicaba la causa de mi súbita enfermedad. Lamentaba mis sufrimientos, pero sin embargo, yo creí entrever allá en lo íntimo de su corazón, algo como la felicidad derramada por el reflejo de una esperanza.

El día en que hablamos secretamente del acontecimiento, me refirió la alarma que cundió en la sala del baile, cuando caí, víctima del síncope; cómo me habían traído al hogar; las angustias porque todos y especialmente élla, habían pasado durante mis padecimientos físicos; y cómo sólo dos veces, afortunadamente cuando más nadie que élla me acompañaba, proferí en mis delirios el nombre de Amalia.

Cuando el médico creyó innecesaria su asistencia, mi tía Gertrudis se dispuso á regresar á su casa, donde su presencia era necesaria, llevándose consigo á su hija adoptiva; pero accediendo á mis súplicas y á la oferta que le hice de llevársela yo mismo, en cuanto estuviera completamente restablecido, se decidió á que Irene quedara al lado mío.

Dos días más tarde, mi padre fué á acompañar á mi tía hasta el pueblo.

XXVI

El golpe que yo había recibido, aumentó en alto grado la sensibilidad de mi temperamento, extremadamente nervioso. Me sentía herido en lo más íntimo de mi afecto, y en mi desespera-

ción, casi me creía con derecho á quejarme de aquella mujer que tantas ilusiones me había inspirado, sin detenerme á pesar las pocas razones que me asistían para reprocharle aquello que para mí, era poco menos que una ingratitud. Y digo ingratitud, porque entonces me parecía que Amalia, por el sólo hecho de ser amada tan fervientemente por mí, estaba en la obligación de no aceptar las caricias de ningún hombre que no fuera yo, y de no pertenecer á otro. En esta explosión de los celos, no me acordaba de su caída moral; tanto predominaban aquellos en mi corazón. Pero cuando me posesionaba de su deshonra, cuando medía toda la grandeza de su infamia, sentía desaparecer de mi alma, instantáneamente y sin dolorosos desgarramientos, aquel inmenso amor que la había profesado. Sin embargo, nunca llegué á odiarla; no creo aún que la despreciaba, sino que, antes bien, la compadecía.

Para combatir la melancolía que á causa de lo acontecido, se había apoderado de mi espíritu, tenía en el cariño de Irene un poderoso remedio. La bondadosa niña se desvivía por procurarme distracciones, y sólo se separaba de mi lado cuando tenía motivos imperiosos para ello.

Un día en que élla fué á pagar una visita á la hija de don Pepe, ésta la instó á que se quedara á almorzar en su compañía, y no la dejó regresar hasta las seis de la tarde.

Mientras duró la ausencia de Irene, yo no encontraba qué hacer, y en vano intenté divertirme con la charla de su abuela. Imposible. Los pensamientos pavorosos me acosaban; y entonces fué que vine á darme cuenta de la falta que me hacía y de lo que iba á sufrir, cuando élla abandonara definitivamente "El Palmar," para volver al lado de su madrina.

Esta idea acabó de abatir mi ánimo, tanto

más, cuanto comprendía que se aproximaba el instante de su partida.

Un mes había trascurrido desde el día en que yo había vuelto á la vida, y ya me sentía con fuerzas para reanudar mis ejercicios á caballo.

Fastidiado con la tardanza de Irene, al empezar la tarde llamé á Blas para invitarlo á dar un paseo.

Media hora después salíamos á caballo.

Cuando ya entrada la noche, regresamos á la casa, Irene nos esperaba en el corredor.

Me pareció más bella que antes, aunque trató de aparentar que se hallaba en aquel sitio, no aguardándome, como lo comprendí, sino por una casualidad. Esta misma coquetería de mujer enamorada, le prestaba más atractivos á mis ojos.

—Qué descuidadamente me recibes, le dije al desmontarme.

—No te había reparado, me contestó.

—No me has reparado! Ahora que vengo á caballo!

Irene no halló que contestarme en el primer momento, pero cuando Blas salió con las bestias para el pesebre, me dijo:

—Es que no me ha gustado que salieras á pasear sin mí.

—Si hubieras estado aquí, tendrías razón para decirme eso.

—Ah! esclamó con alegría, entonces ¿me llevarás mañana?

—¿Y por qué no?

—¿Y montaré el potro negro que te regaló Blas?

—Cómo! ¿Quieres montar un caballo que aún no está bien manso y que yo mismo no he ensillado todavía?

—Si yo no supiera tenerme, lo que me obje-

tas sería razonable; pero como sucede lo contrario......

—Sí, señora; pero no está bueno que se apure tanto. Espere siquiera á que yo lo monte un día de estos.

—Bueno pues; pero cuidado con no cumplir lo prometido.

É hizo un gracioso gesto que me dejó aturdido.

En este momento Mariana nos llamaba á comer.

XXVII

A la tarde del día siguiente, Irene, Blas y yo salíamos á caballo de la casa de "El Palmar."

La nieta de Mariana montaba mi caballo y yo el potro negro que el viejo Blas me había regalado, quien por indicación de mi padre, debía acompañarnos, para ponerme al corriente de las condiciones del indómito animal.

Irene no cabía en sí de gozo, como que estaba experimentando su placer favorito; y el zaino, brioso pero dócil á la rienda, con sus rápidos movimientos, parecía que se sentía orgulloso de la dulce carga que llevaba.

La tarde estaba fresca, el cielo azulado y límpido, y el sol señoreaba en el espacio con esplendor, como satisfecho de haber reaparecido, después de la lluvia que horas antes le había nublado. El aroma de las flores silvestres se confundía con los de la tierra y la yerba húmedas, embalsamando la atmósfera. Los pájaros salían

de las espesuras á orearse en las palizadas y en las ramas salientes de los árboles, y después de sacudir las plumas y las alas entumecidas, cantaban la reaparición del sol.

Irene emprendió la marcha en dirección á la quesera, sitio al cual no había querido yo volver, por el temor de evocar dolorosas reminiscencias, y aunque con ello contrariaba mi voluntad, hube de seguirla, sin darle á comprender la pena que me causaba.

Yo y Blas la seguíamos en todos sus caprichos, sin que para esto pusiera obstáculos mi caballo, pues era menos bravío de lo que se me había informado y más sumiso de lo que yo me esperaba.

Saltando unas veces, galopando otras, y viéndonos en muchas á punto de que las cabalgaduras quedasen atolladas en los pantanos, al fin y como yo me lo había temido, fuimos á parar á la quesera, después de haber recorrido los sitios más pintorescos de la dehesa.

Cuando nos detuvimos ante el corral de vacas, se ocultaba el sol en el horizonte. El trabajo de la pastoría había concluido y los vaqueros comenzaban á regresar á la casa. Uno de ellos que terminaba de amamantar los becerros, se puso á ordeñar una vaca, por orden de Blas.

Mientras tanto, Irene se dió á recorrer con la mirada el paisaje que desde allí se dominaba, llamándome la atención hacia cada nueva belleza que descubría. Yo, abrumado por mis pesares, que se habían despertado, al contemplar aquellos sitios que en otro tiempo había visto poblados de venturosas quimeras, seguía inconscientemente las direcciones que élla me indicaba, sin ver otra cosa en cada paraje, que la sombra de mis sueños desvanecidos.

Así, siguiéndola involuntariamente, mi vista

llegó á posarse sobre la loma en que había encontrado á Amalia, la tarde en que con tanta frialdad había contestado al saludo mío.

El recuerdo de aquel lamentable incidente, me commovió de súbito y normalizó mis facultades. Comparé las alegrías de entonces con las tristezas que me agobiaban, y palpé la diferencia de aquellas dos épocas y el abismo que entre yo y Amalia mediaba. Una lágrima furtiva rodó por mi mejilla, como oblación sobre la tumba de mis primeras ilusiones.

Irene, que se hallaba de espaldas á mí, no reparó mi silencioso llanto; pero como hacía ya largo rato que me estaba dirigiendo la palabra sin obtener contestación, volteó la rienda á su caballo, y notando mi tristeza, me preguntó con dulzura y acercándoseme:

—¿Qué te pasa, que estás tan entristecido?

Yo no encontré que responder á su cariñosa pregunta; y élla, viéndome en aquel embarazo, se apresuró á decirse en alta voz:

—Ah! Ya sé.... Es el recuerdo de Amalia.

Pronunció estas palabras con tal acento de amargura, que á no haber sido por mi abatimiento, le hubiera pedido una explicación de ellas.

¡Cuánto me duele ahora el no haberlo hecho!

Así que hubimos tomado la leche en la camaza de ordeñar, nos pusimos en camino hacia nuestra casa.

En el trayecto hice el propósito de no volver á aquel lugar, y pensé que mis sufrimientos, no tendrían otro paliativo que el de alejarme por completo de la comarca. Pensaba, y lo creía con justicia, que, mientras estuviese cerca del objeto de mis pesares, y en la perenne contemplación de la naturaleza que había inspirado mi pasión, las heridas de mi alma permanecerían constantemente abiertas.

Cuán engañado estaba! Mi mal era incurable. Formaba parte de mi sér y no podía abandonarme.

XXVIII

La idea de abandonar "El Palmar" arraigó de tal modo en mi pensamiento, que en vano traté de conciliar el sueño aquella noche, y cuando desperté á la siguiente mañana, me hice la firme resolución de volverme á Valencia á reanudar mis estudios. Por tal motivo acerquéme á mi padre para comunicarle mi propósito; y como sus mejores deseos eran verme hecho "todo un doctor," como solía decir, no me costó gran trabajo obtener su asentimiento, á pesar de la creencia que tenía de que yo no me hallaba completamente repuesto.

Una vez que pude convencerlo de lo contrario, me dirijí á participar mi determinación á Mariana y su nieta, y á invitar á ésta, además, para que me acompañara al otro día, á despedirme de ño Ruperto y su familia.

La anciana é Irene estaban ocupadas á aquella hora en limpiar los muebles de la sala.

El placer que el consentimiento de mi padre me había causado, se tornó en pena, al pensar que marchándome, iba á separarme también de aquellas buenas amigas que tanto afecto sentían por mí; y pensando que igual pesadumbre iba á proporcionarles con la noticia de mi viaje, no tenía suficiente valor para comunicársela.

Después de una larga vacilación, me resolví

á darles á conocer mi determinación, principiando por convidar á Irene para el paseo á casa de ño Ruperto; y así, le dije desde el dintel de la puerta, en el momento en que, de espaldas hacia mí, se encaramaba á una silla para sacudir el marco de un antiguo retrato de mi padre:

—Mira, Irene, hoy no saldremos á caballo, porque tengo muchos quehaceres; pero mañana iremos con Blas á visitar á ño Ruperto.

La niña se volvió con presteza al escuchar mi voz, y me respondió alegremente:

—Me agrada, porque el paseo será más largo que el de ayer.

Y añadió, apeándose de la silla:

—Y ¿por qué no vamos hoy?

—Porque voy á trabajar.

—¡A trabajar! ¡En qué! exclamó Mariana sacudiendo una mesa.

Impensadamente y sin darme cuenta de lo que hacía,

—Voy á arreglar las maletas, le contesté.

Cuando Irene oyó mi contestación, se quedó inmóvil y su rostro palideció notablemente. Entonces comprendí la violencia conque yo había procedido, y el daño que la había hecho.

—A arreglar ¿qué? repitió Mariana, fingiendo que no había entendido lo que les decía.

—Las maletas, repetí.

La anciana y su nieta me veían al principio como asombradas, pero después Irene se sonrió en son de burla y me dijo:

—Mentiroso!

—Nada de mentira, añadí.

Irene fluctuaba entre si creía ó no mi aseveración, pero al fin, comprendiendo por mi seriedad que aquello podía no ser una burla, se me acercó diciéndome cariñosamente:

—Y por qué tan pronto?

Yo no hallaba una razón satisfactoria que oponer á su pregunta, y así, permanecí largo rato sin responderle; y entonces élla prosiguió en tono de reproche:

—Ah! Es que te has cansado de nosotras, y no quieres estar más tiempo en nuestra compañía.

—No creas eso, me apresuré á replicarle; es que necesito regresar á Valencia, porque si no, pierdo el curso.

Irene no quedó convencida con el motivo que yo exponía, y Mariana, que lo estaba menos, dijo:

—Sí; es que ya no nos quiere.

—Cómo se suponen eso! les dije. Yo nunca podré olvidar el cariño que ustedes me han dispensado, ni mucho menos dejar de agradecerlo; pero vean qué poderosas son las causas que me obligan á marchar, cuando papá no ha vacilado para consentir en ello.

—Entonces, ¿te vas de veras? me preguntó Irene, como resignada.

—Sí, aunque con mucho sentimiento; pero es lo cierto, y es por eso que vine á decírtelo, para que vengas á ayudarme en el arreglo de los baules y para que me acompañes mañana á despedirme de ño Ruperto.

Irene me siguió apesadumbrada hasta mi habitación, y allí, mientras acomodábamos la ropa y demás objetos de mi uso, en vano trató de inquirir la verdadera causa de mi partida.

XXIX

Invertimos la mayor parte del día en los preparativos del viaje, y una vez que hubimos termi-

nado estos, ya á la caída de la tarde, Irene y yo nos fuimos á recorrer el jardín.

Inútilmente trataba mi buena compañera de ocultar su tristeza. Toda la vivacidad y la dulce alegría de su carácter habían desaparecido, como por encanto, desde el instante en que tuvo noticia de mi proyecto. Su conversación tan animada y jovial antes, se hizo penosa, y con dificultad completaba la expresión de sus pensamientos. Meditabunda como andaba, casi siempre respondía con monosílabos á mis palabras, y á cada momento tenía yo que llamarle la atención, porque con frecuencia se abstraía en la contemplación de cualquier cosa.

Vagamos indistintamente durante largo rato, por entre los sembrados, ya aporcando y cuidando las matas, ya cortando las flores más bonitas; y así que recojimos bastantes, nos pusimos á formar con ellas un ramillete, á la sombra del emparrado en donde la había yo sorprendido llorando, al terminar la lectura de *María.*

Dimos comienzo al trabajo, yo entresacando las flores más hermosas, élla atándolas artísticamente con bejuquillos de enredaderas; y á medida que el ramo iba saliendo de sus manos en radiosa combinación de formas y colores, Irene se distraía más y más de la pena que mi intempestiva marcha derramaba en su corazón.

Cuando llegamos al final de nuestra inocente diversión, algunas rosas á medio deshojar quedaron esparcidas por el suelo, junto con otras flores, entre las cuales me encontré un grupo de violetas.

Al verlas las recojí, y alargándoselas, le dije:

—Toma, vé donde colocas á estas pobrecitas que se han quedado olvidadas.

—Y tan frescas y olorosas como están, me respondió, después de haber aspirado su perfume.

Luego se quedó viéndolas en silencio, y des-

pués, en un arranque de pasión, volvió á dármelas, añadiendo:

—Llévatelas y guárdalas, en recuerdo mío. Es justo que así sea; tú me dejas en cambio la montañera.

Aquel rasgo de generosidad y afecto me conmovió á tal extremo, que apenas pude balbucear las gracias. Pero era tanta la inexperiencia mía en materia de amor y tan profundo el sueño en que dormía mi corazón, que no alcanzé á comprender la intención que aquel regalo envolvía.

Cuando nos levantamos para dirijirnos á la casa, Irene me preguntó con un acento tembloroso que revelaba su emoción:

—¿Las guardarás?

—Aquí, por toda la vida, le respondí, tocándome el pecho del lado del corazón.

—Gracias, articuló élla tan suavemente, que apenas pude percibir el timbre de su voz, dulce como una serenata de amor.

XXX

Irene, Blas y yo llegamos al término del viaje proyectado, á las nueve de la mañana siguiente.

Ruperto y sus hijos habían salido á trabajar en el conuco; y á poco rato de habernos desmontado en el corredor de la casa, Teresa, la esposa del campesino, y Genoveva, su hija, sudorosas y con los vestidos mojados, llegaron del río con sendas chirguas llenas de agua, que traían sueltas y en gracioso equilibrio sobre sus inclinadas cabezas.

Cuando nos vieron, lanzaron una exclamación de sorpresa, y bajando apresuradamente las tinajas al suelo, nos saludaron, dándonos después multitud de excusas por el desaliño de sus ropas. Inmediatamente se ocuparon en atender y agasajar á Irene, en compañía de la cual se retiraron al interior de la casa.

Esperé á que Blas concluyese de acomodar los caballos, y cuando hubo hecho esto, me fuí con él á dar una correría por los alrededores de la pequeña posesión.

Anduvimos largo tiempo cojiendo frutas para Irene, y cuando regresamos á la casa, cargados de naranjas y poma-rosas, ya ño Ruperto y sus hijos habían llegado de la sementera.

Grande fué el contento que demostraron por nuestra visita, pues estaban ignorantes del objeto de élla, porque Irene no se había creido autorizada para comunicárselo. Yo me abstuve también de hacerlo en toda la mañana, prometiéndome efectuarlo después del almuerzo. No sé por qué, á pesar de mis deseos, me apesadumbraba la idea de abandonar á aquellas sencillas gentes, que con todos los cariños que me prodigaban, no alcanzaban á remediar la negra enfermedad de mi corazón.

Llegó la hora de almorzar. Genoveva, que hasta entonces había acompañado á Irene, se separó de la reunión para ir á ayudar á su madre en los preparativos de la mesa. Ño Ruperto mandó á Pantaleón á buscar una tapara de miel y una botella con aguardiente, para preparar un poco de champurrio con que se disponía á obsequiarnos.

Cuando el mozo volvió con los ingredientes, ño Ruperto echó un poco de miel en la botella, que estaba á la mitad, y después de batirla bastante, nos sirvió la agradable bebida en una totuma bordada, empezando por Irene, quien ape-

nas llegó á probarlo. Yo tomé un sorbo, y Blas, con las mayores muestras de agrado, se echó el resto al gaznate. Ño Ruperto tomó á su vez; y yo, viendo que Pantaleón se retiraba sin beber, le pregunté:

—Guá! ¿Por qué no bebes?

—Delante de mi taita, no acostumbro jacelo, me respondió.

—Eso no importa, zoquete, le dijo Blas. Y mucho más hoy, que hemos venío á parrandeá.

—Si, hombre, agregué; toma, que ño Ruperto te lo permite.

El respetuoso muchacho no se atrevía á probar el licor, y sólo vino á beberlo cuando su padre le dijo en tono afectuoso:

—Pegate ese palo, ya que el niño lo quiere.

Después de esto pasamos al caney, en el cual se había puesto la mesa, por ser más espacioso que la pieza de la casita.

Yo aparté á mi lado un asiento para Irene, y ésta no se sentó hasta que no hubo logrado que Genoveva, ño Ruperto, Pantaleón é Ignacio se sentaran á almorzar con nosotros.

Tertuliando alegremente nos comimos con extraordinario apetito el suculento almuerzo preparado por la mujer de ño Ruperto; y una vez que concluimos, Irene se retiró á la casa con Genoveva. El viejo campesino, sus hijos, y Blas y yo, nos fuimos á sestear á la sombra del guayabal.

Allí, en medio de la conversación general, creí oportuno poner en conocimiento de nuestro huésped el objeto de mi visita; y así, al preguntarme él que si yo tenía disposición á efectuar otro ojeo, le respondí:

—No; no tengo tiempo.

—Guá! Tan ocupao está que no puée venise un domingo por aquí?

—No tengo grandes ocupaciones; pero me es-

imposible venir en mucho tiempo, porque me marcho para Valencia.

—¡Cómo! exclamó él, incorporándose en el chinchorro en que descansaba. ¿Cuándo se va?

—Salgo de madrugada. A despedirme de ustedes es que he venido hoy.

—Carambita! Cuánto lo siento. Pero usté volverá prontico; ¿no es verdad?

—Quizás no tanto, Ruperto.

En este momento Irene, que venía de la casa, se me acercó y me dijo al oído:

—Levántate para decirte una cosa.

Me puse en pié y siguiéndola, fuí hasta el caney en donde habíamos almorzado, y allí, sentándose élla é indicándome que hiciese lo mismo, me dijo:

—Antes de marcharte, puedes hacer una buena acción.

—En qué consiste?

—Verás. La pobre Genoveva está enamorada de un muchacho que vive por aquí cerca; pero ño Ruperto no quiere que se case, porque no le agrada el novio; y élla me ha exijido que te lo comunique para ver si tu consigues torcer la voluntad del buen viejo.

—¿Cómo pudiste saber todo eso? le pregunté, sonriendo con incredulidad.

—Guá! Porque la pobre muchacha está toda apurada, y crée que éste es el único recurso que le queda. Si tú la hubieras visto como estaba de avergonzada cuando me lo dijo! Hazle el bien de conseguirle el consentimiento de su padre!

—Pero si yo no conozco al novio, é ignoro si observa buena conducta y es digno de Genoveva.

—Debe de serlo, cuando élla me ha rogado tanto. Haz por mí ese servicio.

—Bien, pues; cuenta con él.

Diciendo esto me fuí á donde el campesino se encontraba, é Irene tornó á reunirse con Genoveva, llevando luego á ésta hasta un bosquecillo de enredaderas, desde el cual podían divisar lo que ño Ruperto y yo hacíamos.

Trabajo y no poco me costó convencer al anciano de su inconducente terquedad, y sólo al fin, cuando fingiéndome disgustado dí orden á Blas de que ensillase los caballos para marcharnos, rascándose la cabeza, me dijo:

—Sepa que solo por haberse metío usté, dejo que se case esa loca con ese jolgazán.

Yo no quise esperar una resolución en contrario; y así, me apresuré á participar á las dosjóvenes el feliz éxito de mi comisión. Ambas se mostraron muy regocijadas, y por las rozagantes mejillas de Genoveva se deslizaron dos lágrimas de alegría.

Momentos después me despedía de Teresa y Genoveva, quien había agotado todas las expresiones de su gratitud. Ño Ruperto y sus dos hijos salieron con nosotros hasta el tranquero y desde allí me despidieron cariñosamente.

Les dije adiós por última vez á aquellos buenos campesinos, que me saludaban con sus sombreros de palma, y emprendimos la marcha á nuestra casa.

XXXI

Era el momento de partir.

Blas me esperaba en el patio interior, teniendo mi caballo de la rienda.

Mi padre, después de entregarme dinero pa-

ra el viaje, me repitió los consejos de la noche anterior, y me dió la bendición. Mariana, toda compunjida, me presentó una taza de café y en tanto, Turco rondaba en torno mío, como si hubiera tenido conocimiento de que iba á abandonarlo.

Cuando terminé de tomar el café, le hice una caricia al pobre perro, á la que él contestó latiendo cariñosamente; en seguida me eché en los brazos de mi padre; dí otro abrazo á Mariana, que se estaba limpiando los ojos con el dorso de la diestra, y me aproximé á estrechar la mano de Irene, que, silenciosa, contemplaba la escena, revelando en su mutismo toda la reconcentración de su dolor.

Élla, al acercármele, quiso balbucear no sé qué frase de afecto; pero la pena ahogó la voz en su garganta.

Conmovido yo por aquello, sin darme cuenta de lo que hacía, abrí los brazos, y maquinalmente también, Irene se lanzó á ellos apasionadamente.

Imposible de describir es el placer que experimenté, al sentir sobre mi pecho las palpitaciones de aquel inocente y casto corazón. ¡Quién podrá decir nunca lo que es la felicidad!

Me separé de Irene á mi pesar, é inmediatamente monté á caballo.

Todos salieron á acompañarme al corredor.

Dí el adiós postrero, y seguido de Blas, me encaminé por el callejón de los naranjos.

El sol, hermosa pupila del universo, se dejó ver en aquel momento en el horizonte de la pampa.

Cuando trasponíamos la puerta de la dehesa, volví la mirada hacia la casa.

Ya mi padre y Mariana se habían retirado al interior. Sólo quedaba allí, pálida y tristemente

bella, como la estatua del dolor, mi tierna Irene.

Cuando me vió doblar para el camino, se dejó caer sobre un banco que estaba á su lado, cubriéndose el rostro con sus manecitas alabastrinas.

Al verla llorar, tuve impulsos de devolverme; pero ya la suerte estaba echada........ y era forzoso partir!

XXXII

Anunciando el cambio de la estación, llegó noviembre con sus brisas perfumadas.

Todo se transformaba en la naturaleza; sólo aquel abatimiento de mi espíritu permanecía inmutable, amargando los días de mi vida; y para colmo de mis pesares, en el tiempo trascurrido desde el día de mi retorno á Valencia, no había obtenido ninguna noticia de mis amigos de "El Palmar."

Entonces pude notar la falta que me hacían el afecto de mi padre y los cuidados de Mariana, Irene y los servidores de la dehesa; y la necesidad que tenía de los consuelos de aquella dulce amiga, que guardaba en su corazón el secreto de mi infortunio.

Únicamente encontraba consuelo á mis pesares, cuando apartado de mis condíscipulos, en la soledad de mi dormitorio, me daba á recordar los días felices de que había gozado en "El Palmar;" pero de estas gratas remembranzas pasaba nuevamente al desencanto, pensando en el horroroso final de mi primer amor.

Así se me iba la vida, entre las decepciones del pasado y la desesperación de un porvenir halagüeño.

Mi corazón era un erial, en donde sólo fructificaban espinas emponzoñadas.

Al fin llegó á mis manos una carta de mi padre. Abríla con la mayor ansiedad, y presa de una emoción agradable me impuse de su contenido. Por élla tuve conocimiento de que todos me recordaban con placer; y de que Mariana y Blas, especialmente, no cesaban de lamentar mi partida; y de que Irene, á los cuatro días de mi salida, se fué al lado de su madrina, desde donde inquiría constantemente noticias de cómo me encontraba, enviándome á la vez saludos muy cordiales.

Después de aquella carta, recibí una de Irene, en la cual, en seguida de mostrarse muy pesarosa porque yo no le había escrito, me decía que sólo por participarme un incidente ocurrido con Genoveva, la hija de ño Ruperto, se veía obligada á dirijirme su carta.

Lo acontecido con la hija del viejo campesino, era que éste, habiendo tenido un desagrado con el novio de aquélla, se volvió atrás en lo que me ofreció, negándose rotundamente á dejarlos casar. El mozo, en venganza, indujo á la muchacha á abandonar el hogar, y se fué con élla á un campo distante. Entonces el pobre viejo, no encontrando que hacer, demandó el auxilio de mi padre, quien, después de algunas gestiones, logró unir santamente á los fugitivos, haciendo, además, que fueran á vivir junto con ño Ruperto.

Terminaba Irene su grata carta invitándome á pasar pascuas en "El Palmar," para tener el placer, me decía, de verme curado de aquella cruel enfermedad de mi corazón.

Contesté inmediatamente la carta de mi ami-

ga, diciéndole que me regocijaban sus recuerdos, al mismo tiempo que me alegraba del feliz desenlace del acontecimiento de Genoveva; y me excusé del mejor modo que encontré posible, de no poder concurrir á la placentera invitación que me hacía, ofreciéndole que en la primera oportunidad que me permitieran mis estudios, tendría el gusto de ir á verla.

Irene no recibió mi contestación, y por tal motivo no tuve más noticias de élla.

XXXIII

Aquel día del Enero siguiente, fué terrible, y su recuerdo jamás se borrará de mi memoria.

Estaba yo en mi dormitorio meditando, como de costumbre, en la prematura interrupción de la correspondencia de Irene, cuando uno de mis compañeros de estudio llegó á anunciarme que un hombre á caballo me solicitaba con empeño.

Un triste presentimiento se apoderó de mi corazón; y salí presuroso á la puerta del colegio.

Blas en su caballo sudoroso, me esperaba en la calle, y al verme me extendió un pliego cerrado, sin articular una sola frase.

Rasgué el sobre con presteza, y con creciente avidez me impuse de la fatal nueva que me comunicaba mi tía Gertrudis.

Según me decía, en el instante en que Blas marchaba en mi solicitud, Irene estaba agonizando; y atendiendo á sus ruegos, me exigía que me pusiera en camino sin pérdida de tiempo, pues la

enferma en sus últimos momentos, pedía á Dios que no la matara sin verme antes.

Quise saber de Blas cual era la enfermedad de mi buena amiga y la causa de su padecimiento; quise que me comunicara los más mínimos detalles, todo con la mayor ansiedad; pero el pobre llanero no sabía que contestarme; sólo me decía que partiésemos inmediatamente.

No me hice esperar. Así que puse en conocimiento del suceso al Director del Instituto, me despedí de él y de mis amigos, y montando en el caballo que rabi-atado al suyo me había llevado Blas, emprendí el viaje.

Después de una marcha forzadísima, á las once de la noche siguiente nos desmontábamos en el portón de la casa de mi tía Gertrudis. Ésta y Mariana, al sentir las pisadas de las cabalgaduras, salieron á nuestro encuentro, y llorando me recibieron en sus brazos.

Viendo su llanto, una idea siniestra cruzó por mi cerebro; y así, les pregunté con voz angustiosa:

—Qué! ¡Ha muerto ya?

—No; me respondieron á un tiempo.

Entonces un rayo de esperanza iluminó mi alma; traté de apartarme, con intención de dirigirme al aposento de la moribunda, pero éllas me detuvieron con un ademán de súplica.

Mi padre se presentó en el zaguán.

—Cuán desgraciados somos! me dijo, abrazándome.

—Quiero verla, exclamé.

—Es imposible, me contestó; su mal no lo permite, pues tu presencia apresuraría la muerte. El médico lo ha pronosticado así.

—Si es que quiero mirarla viva! dije desesperado.

—Te lo prohibo, añadió mi padre en tono solemne.

—Y bien, le pregunté, ¿no podré verla desde un aposento cercano, sin que élla se aperciba?

—Sólo de ese modo te lo permito, me respondió.

Y tomándome de la mano, se dirigió conmigo á las habitaciones interiores.

Atravesamos un corredor y luego un cuarto, por el cual penetramos á la pieza contigua á la en que se encontraba Irene. La puerta que comunicaba estos dos aposentos estaba entreabierta. Mi padre la juntó de modo que yo pudiese ver sin ser observado, y se retiró en seguida.

La habitación estaba iluminada por una bujía, colocada en una rinconera y cubierta por una pantalla de papel.

La cama de Irene no tenía colgaduras, y por este motivo podía yo divisarla fácilmente desde mi escondite. En aquel momento se había incorporado, apoyándose en los brazos de su abuela. Su tez había perdido aquel tierno matiz de rosa que la coloraba, y en su faz desencajada brillaban sus ojos negros, como dos estrellas languidecientes.

De pronto lanzó un profundo suspiro, entornó los párpados, y con voz débil y apagada que apenas pude percibir, preguntó á Mariana:

—¿No ha llegado Guillermo?

—No ha llegado todavía, respondió la anciana.

—Ay! Voy á morir sin verle.

Un golpe de tos ahogó la última palabra, y la enferma se quedó aletargada.

Trascurrieron unos instantes, infernales para mí. En tanto, yo fluctuaba entre el deseo de acercarme á su lecho para estrecharla en mis brazos y la prohibición de mi padre.

Irene abrió de nuevo los ojos con angustia, y

haciendo un gran esfuerzo, preguntó á su madrina si había enviado á buscarme. Élla le contestó afirmativamente.

—Pero no vendrá á tiempo, agregó Irene, porque ya ha llegado mi última hora.

—No, mi vida; si tu no te mueres.

—Ya estoy cerca. Quiero que me dejen sola con abuelita para recomendarle una cosa.

Mi tía Gertrudis, su marido y mi padre se retiraron, cerrando la puerta tras de sí.

—Oye, abuelita, dijo Irene; me perdonarás lo que voy á decirte?

—Si te lo perdono.

—Pues bien, cuando llegue Guillermo dile que siempre le he amado, y que aunque él nunca me quiso, muero con la pesadumbre de que no se encuentre aquí.

Aquellas palabras eran una revelación inesperada, y resonaron en mis oídos como una dolorosa reconvención. Un extraño sacudimiento conmovió mi sistema nervioso; mi corazón palpitó con más violencia que hasta entonces, y, no pudiendo contenerme por más tiempo, abrí la puerta que me ocultaba y de un salto me coloqué en la cabecera del lecho.

Al verme, Irene lanzó un grito de alegría; luego se llevó las crispadas manos al pecho, y reclinando en mi hombro su cabeza tuvo un acceso de tos, después del cual se desató abundante la hemoptisis.

Después.... pronunció mi nombre y se quedó muerta.

Solté el cadáver, y soberbio al comprender mi impotencia, lancé una maldición espantosa.

Llorando como un niño, me lancé luego fuera de la habitación. Mi padre se me puso delante y me condujo á un aposento inmediato, y allí, sin

tener conocimiento de toda la magnitud de mi desdicha, trató de consolarme.

Era en vano! ¿Qué consuelo podía hallar quien sólo se ha visto amado por una moribunda?

Quise pasar la noche al lado del cadáver. Al principio, mi padre se negó á complacerme; pero viéndome más calmado, asintió á mi exigencia después.

Una idea que llegué á considerar sacrílega, se había adueñado de mí, y á solas con mi pensamiento, luchaba entre si la pondría ó no en práctica. Al día siguiente llegó un momento en que quedé solo en la sala mortuoria. Me acerqué vacilando al féretro, descubrí el rostro de la que tanto me había amado en silencio, y al contemplarlo tan bello en su palidez mortal, la negra idea tornó á asaltar mi cerebro. Volví la mirada en torno mío, para cerciorarme de que no me veían, y sin creer ya que iba á cometer una profanación, me incliné sobre la urna y estampé un ósculo sobre la frente de Irene.

Era mi beso nupcial!

Poco rato después, entró el sacerdote á rezar los oficios.

Tres amigos de la casa me acompañaron á conducir el féretro al cementerio.

Al mismo tiempo que el cortejo regresaba del campo-santo, ño Ruperto y su familia llegaban á la casa de mi tía.

Iban á ver á la bella enferma.

Pero habían llegado tarde!

***

Durante muchos días que permanecí en el pueblo, iba todas las tardes al cementerio, á visitar la humilde tumba de Irene.

Allí, sentado sobre el césped, meditaba en la

fatalidad de mi destino; allí, volviendo los ojos al espacio, buscaba en la inmensidad algo que diera una esperanza á mi aflijido corazón; pero era inútil, el cielo no respondía á mis quejas, ni la naturaleza se compadecía de la orfandad de mi alma.

Blas solía acompañarme en estas fúnebres excursiones; y algunas veces trataba de consolarme con su lenguaje lleno de dulzuras, rudamente expresadas; pero cuando comprendía que no lograba llevar á mi corazón el bálsamo de su generosidad, se quedaba silencioso y pensativo.

Han pasado los años. Desamparado y triste, he venido á vejetar en estas soledades del Orinoco. Solo con mis desdichas, sin más placer que el de evocar mis recuerdos, espero, abandonado á la suerte, el fin de esta existencia miserable que vengo arrastrando, desde que ví caer á mis piés las pobres ilusiones de mi alma.



EPÍLOGO.

Así termina el manuscrito de Guillermo.

Cuando concluí su lectura, sentí el espíritu abatido, y me puse á pensar en la grandiosidad del infortunio de mi amigo.

Últimamente, he sabido por un condíscipulo mío, que lo fué también de Guillermo, que éste vive como un salvaje en una apartada región de Guayana. Van ya para cuatro años que se volvió idiota. Su idiotismo es tal, que no reconoció al viajero que me suministra estas noticias. Unos indígenas, civilizados á medias, que se sustentan del producto del cauchouc y la sarrapia, le sostienen por compasión y cuidan de su exitencia.

El que lea este libro vendrá fácilmente en conocimiento de las causas de la demencia de Guillermo; pero al contemplar la magnitud de las desgracias de aquel gran soñador, no podrá menos de preguntarse: ¿quién tiene la culpa de tamaña injusticia? ¿El Destino, ó el temperamento de aquel hombre?

Eso nadie lo sabe!



VOCABULARIO

DE LOS PROVINCIALISMOS QUE SE ENCUENTRAN EN ESTA OBRA.

A

Anguilla. Corrupción de *anguila.*
Aperos. Los arreos de las bestias de carga y de montar.
Arepa. El pan de maiz.
Arrozeros. Especie de pájaros que anidan en los tejados.
Aruco Ave acuática de color negro.
Asina. Corrupción de *así.*

B

Butaque. Llámase así á una clase de asientos, forrados regularmente con pieles sin curtir, y con el espaldar muy inclinado.
Barra. El grupo de expectadores en cualquier diversión.

C

Camaza. Vasija hecha de la corteza del fruto nombrado así.
Caney. Choza de techumbre pajiza ó de palmas.
Caratillo. Bebida refrescante hecha del arroz.

Caray! Interjección que se usa con el significado de *caramba.*
Carrao. Ave del género de las zancudas.
Cobija. Manta de bayeta.
Coleta. Telón que se tiende á manera de alfombra, en las salas de baile.
Conuco. Sementera.
Cotara. Ave cuyo canto estridente, semeja la voz de su nombre.
Cotizas. Sandalias.
Cubano. Rifle de pistón.
Cujelo. Esta corrupción de cójelo, con sus abreviaturas *cuje* y *cuj*, se emplea para azuzar los perros.

CH

Champurrio. Bebida espirituosa, confeccionada con aguardiente y miel ó azúcar. Puede que traiga su origen del verbo *champurrar.*
Chichichí. Voz con que se significa el canto matutino de los pájaros.
Chinchorro. Hamaca de tegido de red.
Chirgua. Por tinaja.
Chup y déjeme el cabo. Esta frase que equivale á *chupe y déjeme la colilla*, se emplea por *de rechupete.*
Chuto. El perro mocho del rabo.

D

Dío. Corrupción del participio del verbo ir.

E

Emparamarse. Mojarse.

F

Furruca. Instrumento indígena parecido al tam-

bor, cuyo sonido monótono se produce frotando una caña encerada que se coloca sobre el parche. Sólo se toca en las fiestas populares de Navidad.

G

Guá! Interjección indígena muy usual.
Guáimaros. Balines.
Güeno. Corrupción de *bueno.*

J

Jabillo. Arbol grande y espinoso.
Jojotos. Las mazorcas del maíz, cuando aún no ha cuajado el grano.
Joropo. Baile indígena.
Juambimbe. Tonto.

LL

Llanero. El hombre entregado á las faenas pastoriles en las pampas.

M

Mandinga. El diablo.
Mango. Arbol que da el fruto de este nombre.
Manguera. Sitio poblado de *mangos.*
Maraca. Instrumento indígena formado del fruto del *totumo* cuando está seco, el que con semillas de un arbusto llamado capacho, dentro, viene á ser como un cascabel vejetal.
Marisela. Baile igual al joropo.
Matacanes. Venados mamantones.
Mocho. Por caballo, rocín.

N

Naide. Corrupción de *nadie.*

Ñ

Ña, ño. Abreviatura de señora y señor, que se aplica á la persona respetable por la edad, pero de ninguna significación.

P

Parranda. Fiesta.
Pegarse un palo. Tomar una copa de licor.

Q

Quebrada. Riachuelo.

R

Regüelto. Corupción de *revuelto.*
Roza. Plantación de granos.

S

Sabana. Pampa.
Sute. Se designa regularmente con este vocablo, á los niños raquíticos, y se aplica también á los animales débiles y macilentos.

T

Toiticos. Todos.
Totuma. Vasija hecha de la corteza del fruto del mismo nombre
Tramojo. Trailla.
Tranquero. Puerta de trancas, que se corren entre dos postes agujereados.

V

Velorios. Se emplea por *veladas.*

Z

Zanquear. Por corrupción, este verbo tiene la acepción de *buscar.*

